

LA RECONFIGURACIÓN DE ORIENTE MEDIO

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	4
2. CONTEXTO HISTÓRICO	6
2.1 Situación actual	7
3. PRINCIPALES ACTORES.....	9
3.1 Estados y gobiernos.....	9
3.2 Movimientos políticos y actores no estatales.....	12
3.3 Alianzas cruzadas	12
4. ACTORES EXTERNOS	13
4.1 Influencia de potencias extrarregionales	14
4.1.1 Estados Unidos: declive relativo y reconfiguración estratégica	14
4.1.2 China: expansión estructural y diplomacia de la interdependencia.....	15
4.1.3 Rusia: poder disruptivo y mediador táctico	16
4.2 Nuevas alianzas y cambios en los bloques de poder	17
4.2.1 Acuerdo de Defensa Mutua	20
5. SEGURIDAD Y ESTABILIDAD	24
5.1 Principales conflictos activos.....	24
5.1.1 Siria: un equilibrio inestable.....	24
5.1.2 Israel y Palestina: escaladas periódicas y diplomacia estancada	27
5.1.3 Israel e Irán: lucha por la hegemonía.....	28
5.1.4 Yemen y Mar Rojo	28
5.2 Terrorismo y redes insurgentes.....	29
5.3 Amenazas híbridas; ciberseguridad y guerra no convencional.....	31
5.3.1 Ciberataques y desinformación	32

5.4 Proliferación nuclear	33
6. IMPACTO GLOBAL DE LA RECONFIGURACIÓN DE ORIENTE MEDIO.....	34
6.1 Cambios en las rutas comerciales	35
6.2 Competencia entre las grandes potencias.....	38
6.3 Repercusiones para Europa.....	41
7. ESCENARIOS.....	43
8. CONCLUSIONES.....	47
9. ANEXOS	49
10. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	56

1. INTRODUCCIÓN

Oriente Medio atraviesa una reconfiguración estructural hacia un orden más multipolar. El Golfo está ganando autonomía estratégica, reflejada en acuerdos de cooperación en defensa, apertura tecnológica a proveedores no tradicionales y coordinación energética con actores clave.

Arabia Saudí actúa como pivote en la región. Está diversificando proveedores de seguridad y socios energéticos, reduciendo dependencias lineales y elevando el precio de sus concesiones diplomáticas. Este movimiento configura los equilibrios del Golfo y condiciona el ritmo de la normalización en la región.

Al mismo tiempo, el conflicto en Gaza y la capacidad de Irán de acercarse rápidamente a umbrales nucleares sensibles sin declararlo, elevan el riesgo y condicionan la normalización regional. Mientras no haya un alivio humanitario visible en Gaza ni señales creíbles de contención del programa nuclear iraní, se limita la consolidación de una arquitectura de seguridad estable. Además, la agencia de actores no estatales como Hezbolá, Hamás, y los hutíes, con misiles, cohetes y drones, sostienen la amenaza de escaladas indirectas y dificultan los procesos diplomáticos.

Por otro lado, la coerción marítima en el Mar Rojo mantiene un encarecimiento logístico sostenido. La persistencia de ataques e interdicciones desde Yemen fuerza desvíos por el Cabo de Buena Esperanza, y eleva primas de seguro y fletes. De esta manera, el canal de Suez, que es la principal vía entre Asia y Europa, experimenta una pérdida de centralidad progresiva. Además, se ejerce una presión adicional sobre inventarios y plazos en cadenas europeas, que buscan rutas y coberturas alternativas.

La combinación de estos factores (Gaza, Mar Rojo, latencia nuclear y actores no estatales) da soporte a que el riesgo de base en la región se mantenga alto y persistente aun sin crisis visibles. En este contexto, resulta clave monitorear qué eventos concretos activan la asistencia de los acuerdos de defensa, con qué niveles de interoperabilidad y en qué plazos.

De la misma manera, la sostenibilidad económica de los desvíos en el Mar Rojo está a prueba. Es decir, permanece indefinido el umbral de incidentes y de costes que consolidaría rutas alternativas como nueva norma. Además, continúa abierta la trayectoria de Irán. Su ritmo de enriquecimiento y acceso a componentes críticos, así como la estabilidad del régimen de inspecciones, determinarán si la latencia nuclear se contiene o escala.

En definitiva, el análisis de Oriente Medio se ha vuelto más complejo. Pues, los actores regionales han adquirido un papel más protagonista a través de alianzas y el desarrollo de capacidades estratégicas que les permiten definir prioridades en función de sus intereses económicos y tecnológicos.

2. CONTEXTO HISTÓRICO

El término *Oriente Medio* tiene su origen en el imaginario geopolítico de las potencias europeas y norteamericanas, más allá de su uso meramente geográfico. En los albores del siglo XX, cuando el Imperio Británico articulaba su estrategia en torno al Canal de Suez y al acceso hacia Asia, surgieron expresiones como “Near East” y “Middle East” para designar el espacio comprendido entre el Mediterráneo oriental, la península arábiga y el Golfo Pérsico. El teórico naval estadounidense Alfred Thayer Mahan lo empleó para subrayar la importancia estratégica del Golfo Pérsico para el mundo anglosajón, marcando así un punto de inflexión en la conceptualización regional. A partir de esa época, el uso del término se consolidó como marco analítico que articulaba historia, energía, rutas logísticas y rivalidades de poder, con fronteras poco definidas, pero con implicaciones concretas en la política internacional.

La región se convirtió en un escenario clave de la Guerra Fría, durante la cual las superpotencias —la Unión Soviética y los Estados Unidos— emplearon alianzas, apoyo militar y ayuda económica para expandir su influencia. Las monarquías del Golfo, Israel, Turquía, el Irán previo a 1979 o Egipto en distintas etapas, fueron nodos en esa red de alineamientos. La lógica bipolar imprimió cierto grado de estabilidad estructural pero también generó dependencias y vacíos: cuando la URSS colapsó y Estados Unidos reconfiguró su estrategia, estos vacíos se convirtieron en oportunidades de desorden y cambio.

Paralelamente, el conflicto árabe-israelí sirvió como eje estructural de la política regional. Las guerras de 1948, 1956, 1967 y 1973 modificaron los balances de poder, territorios ocupados y alianzas. La firma de los Acuerdos de Camp David en 1978 entre Egipto e Israel, y posteriormente el tratado de paz entre Israel y Jordania en 1994, explícitamente reconocieron que la normalización diplomática era viable, aunque no resolvieron de fondo la dimensión palestina del conflicto.

Con la caída de la Unión Soviética y el fin del orden bipolar, la región entró en una nueva fase. La Guerra del Golfo (1990–1991) dio paso a una mayor intervención estadounidense directa, mientras que la invasión de Irak en 2003 marcó el inicio de un período de desestabilización sistémica: la caída de regímenes, la apertura de espacios para insurgencias y el colapso o

debilitamiento de Estados centrales. La llegada de la década de 2010 añadió una capa adicional de cambio con la ola de protestas conocidas como la Primavera Árabe (2010–2012). Movimientos ciudadanos en Túnez, Egipto, Libia, Siria, Yemen y Bahreín cuestionaron los regímenes autoritarios establecidos, desencadenando en algunos casos transiciones limitadas o regresivas, y en otros, conflictos abiertos de larga duración.

Al mismo tiempo, emergieron dinámicas de normalización diplomática que alteraron viejos tabúes. Los Acuerdos de Abraham, iniciados en 2020 entre Israel y varios países árabes (Emiratos Árabes Unidos, Bahreín, Marruecos, Sudán) bajo mediación estadounidense, cambiaron el marco de relaciones árabe-israelíes: dejaron de vincularse exclusivamente al proceso palestino y se plantearon como un nuevo bloque de intereses comunes en lo económico, tecnológico y de seguridad. No obstante, esas aperturas no suplieron en su totalidad las tensiones estructurales que persisten: la cuestión palestina, la rivalidad entre Irán y Arabia Saudí, la fragmentación del Estado y el auge de actores no estatales seguían ejerciendo presión sobre el orden regional.

2.1 Situación actual

En los últimos años, la región de Oriente Medio vive una fase de reconfiguración donde antiguos marcos de referencia están siendo cuestionados y nuevos equilibrios emergen. La guerra en Gaza y los enfrentamientos con militantes en la frontera norte de Israel han activado de nuevo la atención internacional sobre las dimensiones locales del conflicto árabe-israelí, pero también sobre su proyección regional y logística. A su vez, la presión sobre rutas marítimas, como las del Mar Rojo y el estrecho que conecta con el océano Índico, ha incrementado los riesgos para el comercio global, lo que introduce a Europa, Asia y los grandes consumidores de energía en la ecuación de la política de Oriente Medio.

A nivel estratégico, el ataque de junio de 2025 contra instalaciones asociadas al programa nuclear iraní marcó un punto de inflexión: aunque las estimaciones divergen sobre el alcance real del daño, lo cierto es que, tanto Irán como sus aliados calibraron respuestas que buscan mantener disuasión sin provocar un choque mayor, lo cual introduce una lógica de contención compleja y de alta incertidumbre.

El control territorial sigue siendo fragmentado: en Siria, Irak y Líbano conviven fuerzas estatales, milicias, actores extranjeros y rutas de apoyo logístico que atraviesan fronteras y actores soberanos. La gobernanza de facto en muchas zonas resulta tan importante como la gobernanza de jure.

Las relaciones diplomáticas muestran una doble dinámica: por un lado, se han consolidado normalizaciones que hasta hace poco parecían improbables, y por otro, se ha hecho patente la fragilidad de ese consenso. El acuerdo de reconciliación entre Irán y Arabia Saudí, patrocinado por China, ejemplifica cómo los vasos comunicantes de la región se están reordenando más allá de la influencia exclusiva de Estados Unidos. Al mismo tiempo, los Acuerdos de Abraham, aunque siguen vigentes, se enfrentan al desgaste; la guerra en Gaza, la reacción pública árabe y los retrocesos en la cuestión palestina han mostrado que la nueva diplomacia árabe-israelí opera en un contexto de límites reales.

En el terreno humanitario y social, la huella de los conflictos prolongados ya no es solo un fenómeno de crisis temporales: millones de desplazados, destrucción de infraestructuras, economías devastadas y sociedades fracturadas configuran una herencia que condiciona cualquier negociación o intento de reconstrucción. Las alianzas militares y tecnológicas se entrelazan con el comercio, la inversión y la transición energética, de modo que el valor estratégico de la región ya no sólo reside en el petróleo, sino que también, la conectividad, los minerales críticos, las rutas marítimas y la transición al hidrógeno se han convertido en elementos centrales.

Finalmente, el uso y la interpretación de los hechos han cobrado una dimensión esencial; la convergencia de visiones occidentales, aliadas, iraníes o alternativas hace que no exista una narrativa única del presente. Las diferencias en la valoración de los ataques, la percepción de quién es el agresor o el mediador legítimo, la divergencia de diagnósticos sobre capacidades y daños reales —todas ellas— configuran un entorno donde la incertidumbre es tan relevante como los hechos en sí mismos.

3. PRINCIPALES ACTORES

3.1 Estados y gobiernos

El equilibrio de poder en Oriente Medio se articula alrededor de un conjunto limitado de Estados que, pese a su diversidad estructural, comparten una misma característica: la centralidad del factor de seguridad como principio rector de su política exterior. En este sentido, la región presenta una constante tensión entre proyectos de hegemonía —liderados por Irán y Arabia Saudí—, potencias intermedias con vocación autónoma —como Turquía e Israel—, y Estados con capacidad limitada, pero relevancia estratégica —como Egipto o los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG)—.

En primer lugar, el eje iraní continúa representando el desafío más persistente al estatus quo regional. El régimen de Teherán ha logrado sostener su influencia a pesar de las sanciones internacionales y la presión militar occidental, articulando una política exterior basada en la proyección de poder indirecto. A través de la Guardia Revolucionaria Islámica y su red de milicias aliadas en Irak, Siria, Líbano y Yemen, Irán compensa su debilidad económica —un PIB per cápita de apenas 4.771 dólares y un desempleo del 9%— con una estrategia de disuasión asimétrica. La producción de casi cuatro millones de barriles de petróleo diarios le garantiza una base mínima de ingresos, mientras que sus vínculos con Rusia y China aseguran cierto margen de maniobra frente a las sanciones. No obstante, la creciente autonomía de actores como Hezbolá o los hutíes evidencia un desgaste en la verticalidad de su red de influencia, lo que introduce incertidumbre en la cohesión del llamado “Eje de la Resistencia”.

En contraposición, Arabia Saudí mantiene su papel como potencia estabilizadora dentro del bloque sunita y como contrapeso directo a Teherán. Su estrategia combina una política exterior más pragmática con una modernización interna impulsada por la *Visión 2030*. A diferencia de Irán, Riad cuenta con fundamentos económicos sólidos: un PIB per cápita superior a 35.000 dólares, una deuda pública reducida (29,8% del PIB) y una producción petrolera de 9,2 millones de barriles diarios.

Esto le otorga capacidad para financiar tanto operaciones de influencia como mediaciones regionales, incluyendo los procesos de normalización con Israel y los acercamientos diplomáticos hacia Irán bajo patrocinio chino. Arabia Saudí busca proyectar la imagen de un actor racional, capaz de equilibrar su identidad religiosa con su ambición de liderazgo económico.

A su vez, Israel constituye el núcleo tecnológico y militar más avanzado del entorno. Su fortaleza económica —con un PIB per cápita cercano a los 46.000 dólares y desempleo inferior al 3,5%— se traduce en superioridad en materia de inteligencia, defensa y ciberseguridad. Sin embargo, la prolongada guerra en Gaza y la escalada con Hezbolá han erosionado su margen político interno y su legitimidad internacional. Israel mantiene una política de defensa preventiva y de alianzas funcionales con los Estados árabes del Golfo a través de los Acuerdos de Abraham, aunque las tensiones en el terreno palestino han enfriado temporalmente algunos de estos acercamientos. El Estado israelí se enfrenta, por tanto, a la paradoja de ser la potencia militar dominante en un entorno donde su seguridad estratégica continúa dependiendo de la percepción de vulnerabilidad existencial.

Por su parte, Turquía opera como un actor bisagra entre Europa, Asia Central y el Levante. Su política exterior combina ambición regional con flexibilidad táctica, lo que le permite dialogar con bloques antagónicos. Con un PIB per cápita de 15.473 dólares y un crecimiento sostenido del 3,2%, Ankara ha logrado reforzar su autonomía energética y militar, consolidando su industria de defensa y su capacidad de intervención en escenarios externos.

El gobierno de Erdoğan utiliza el islam político como herramienta de legitimación interna y de proyección blanda hacia el mundo árabe, sin renunciar a su papel dentro de la OTAN. Este doble juego le ha permitido actuar simultáneamente como mediador en conflictos (como Ucrania o Gaza) y como potencia revisionista frente a Grecia, Siria o los kurdos del norte iraquí.

En un plano más estructural, Egipto conserva relevancia por su posición geográfica y su función de mediador tradicional, aunque su margen de maniobra está limitado por la fragilidad económica y la dependencia del apoyo financiero del Golfo.

Con un PIB per cápita de apenas 3.338 dólares y una deuda del 91% del PIB, El Cairo prioriza la estabilidad interna bajo el régimen de al-Sisi, centrando sus esfuerzos en contener la insurgencia del Sinaí y en gestionar la frontera con Gaza. Su rol en las negociaciones entre Israel y las facciones palestinas sigue siendo fundamental, pero su capacidad de influencia regional ha disminuido respecto a décadas anteriores.

Finalmente, las monarquías del Golfo —Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Kuwait, Omán y Bahréin— actúan como potencias intermedias que compensan su tamaño territorial con recursos financieros y diplomacia activa. Los Emiratos Árabes Unidos destacan por su apertura comercial —con exportaciones e importaciones equivalentes a más del 90% del PIB— y por su estrategia de diversificación económica. Qatar, por su parte, utiliza su extraordinario PIB per cápita (76.000 dólares) y sus reservas de gas natural para desempeñar un papel de mediador y actor de influencia global, manteniendo simultáneamente relaciones con Washington, Teherán y Hamas. En cambio, Kuwait, Omán y Bahréin adoptan perfiles más prudentes: los dos primeros como Estados de equilibrio diplomático y el tercero como aliado dependiente de la seguridad saudí.

En el extremo opuesto del espectro de poder, Irak, Siria, Líbano, Jordania, Palestina y Yemen constituyen los eslabones débiles del sistema regional. Irak continúa fragmentado por divisiones sectarias y por la influencia de milicias proiraníes; Siria apenas mantiene control sobre su territorio tras más de una década de guerra; Líbano afronta un colapso financiero con una deuda superior al 360% del PIB; y Palestina y Yemen viven crisis humanitarias crónicas con contracciones económicas del -26,6% y -1,5% respectivamente.

Pese a su debilidad, estos Estados funcionan como amortiguadores estratégicos y escenarios de proyección para las potencias mayores, siendo tanto campos de competencia como zonas de contención.

3.2 Movimientos políticos y actores no estatales

El sistema de seguridad regional no puede comprenderse sin considerar la influencia de los actores no estatales, que operan como extensiones o sustitutos de los Estados. Estos movimientos combinan legitimidad social, identidad religiosa y capacidad militar, conformando una capa intermedia entre la política institucional y el conflicto armado.

En el ámbito palestino, la división entre Fatah y Hamas refleja la fractura entre el nacionalismo laico y el islamismo político. Mientras la Autoridad Palestina mantiene reconocimiento diplomático, su influencia efectiva sobre los territorios es limitada. Hamas, en cambio, conserva capacidad militar y apoyo social, funcionando como un actor híbrido que combina gobierno local y movimiento insurgente. Su dependencia de Irán es significativa, aunque sus decisiones operativas muestran cada vez mayor autonomía.

En el entorno libanés, Hezbolá ejemplifica la sofisticación del actor no estatal moderno: controla instituciones, gestiona redes sociales y posee un arsenal comparable al de un ejército convencional. Su relación con Teherán continúa siendo estratégica, pero su participación en el conflicto israelí-libanés de 2025 ha mostrado una tendencia a la cautela operativa, lo que sugiere un cambio en su patrón de obediencia directa.

Por otra parte, las organizaciones de carácter transnacional como los Hermanos Musulmanes o los remanentes del Estado Islámico (Daesh) y Al Qaeda continúan ejerciendo influencia ideológica o insurgente en zonas de vacío de poder. Aunque su capacidad militar ha disminuido, su ideología sigue permeando entornos de marginalización y conflicto prolongado, especialmente en Siria, Irak y Yemen.

3.3 Alianzas cruzadas

El panorama actual muestra que las alianzas en Oriente Medio ya no responden únicamente a afinidades religiosas o ideológicas, sino a una lógica de supervivencia y oportunidad. Las coaliciones entre Estados y milicias se vuelven cada vez más transaccionales y menos automáticas.

La relación entre Irán y sus aliados —Hezbollah, los hutíes y las milicias iraquíes— atraviesa un proceso de reajuste. Los ataques israelíes y estadounidenses de 2024-2025 han reducido la capacidad de coordinación del conjunto, forzando a cada actor a modular su respuesta según su propio contexto. De manera paralela, el Eje de la Resistencia experimenta un debilitamiento estructural, con la caída del régimen sirio, la erosión de Hamas y la fatiga operativa de Hezbollah.

Al mismo tiempo, se observa una tendencia hacia el pragmatismo regional. Las potencias árabes del Golfo priorizan la estabilidad económica sobre la confrontación ideológica, mientras actores globales como Rusia y China refuerzan su presencia en la región desde una perspectiva instrumental, centrada en el acceso a recursos energéticos y el control de rutas estratégicas.

El resultado es un entorno en el que la noción clásica de bloque ha perdido significado: Oriente Medio opera hoy como un sistema de alianzas superpuestas, reversibles y condicionadas por el costo de oportunidad de cada actor. Este dinamismo constante convierte la región en un espacio de competencia controlada, donde la estabilidad depende menos del equilibrio militar y más de la gestión inteligente de las interdependencias políticas, económicas y energéticas.

4. ACTORES EXTERNOS

La reconfiguración geopolítica de Oriente Medio no puede entenderse sin considerar el papel de las potencias extrarregionales, cuya influencia sigue siendo determinante en la definición de los equilibrios de poder. Aunque la región atraviesa un proceso de autonomización estratégica, impulsado por la diversificación económica, la competencia tecnológica y la búsqueda de nuevas garantías de seguridad, la intervención —directa o indirecta— de actores globales continúa moldeando sus dinámicas políticas y militares.

El declive relativo de la hegemonía estadounidense, la expansión económica y diplomática de China y la inserción táctica de Rusia, han transformado la tradicional dependencia del Golfo respecto a Occidente, en un sistema de interdependencias múltiples donde las monarquías árabes actúan como mediadoras, inversoras y polos de estabilidad. En este contexto, Arabia Saudí emerge como actor central de una región en transición: mantiene vínculos con Washington, estrecha lazos con Pekín y Moscú, y promueve marcos de cooperación con potencias musulmanas y países del Sur Global.

Lejos de un simple desplazamiento de influencias, se asiste a una redistribución del poder que combina competencia y convergencia, rivalidad y pragmatismo. Las grandes potencias proyectan su influencia mediante la energía, la tecnología y la seguridad, mientras los Estados del Golfo buscan maximizar su autonomía sin renunciar a los beneficios de la globalización. En este entramado de equilibrios cruzados, se define el nuevo papel de los actores externos en Oriente Medio; ya no dominan el tablero, pero siguen siendo piezas imprescindibles de su arquitectura de poder.

4.1 Influencia de potencias extrarregionales

El equilibrio de poder en la zona sigue condicionado por la acción y los intereses de potencias extrarregionales, principalmente Estados Unidos, China y Rusia, cuyas estrategias reflejan la pugna global por el control de los flujos energéticos, tecnológicos y de seguridad.

Sin embargo, durante la última década se ha producido un proceso de redistribución de influencias, resultado de tres dinámicas convergentes: el declive del compromiso militar estadounidense, la proyección económica y tecnológica de China y la inserción flexible de Rusia como potencia disruptiva. Este reajuste ha alterado los equilibrios tradicionales, generando un escenario multipolar en el que los actores regionales —en especial las monarquías del Golfo— buscan maximizar su autonomía mediante políticas de equilibrio y diversificación de alianzas.

4.1.1 Estados Unidos: declive relativo y reconfiguración estratégica

Durante más de siete décadas, Estados Unidos ha sido el garante de la seguridad en el Golfo Pérsico. Su red de bases —Al Udeid (Qatar), Bahrein, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos o Djibouti—, junto con su presencia naval en la Quinta Flota, le ha permitido controlar el tránsito energético global y sostener un orden regional favorable a sus intereses.

Sin embargo, desde la segunda década del siglo XXI, su implicación directa ha disminuido. La autosuficiencia energética derivada del fracking, la fatiga de intervención tras Irak y Afganistán, y el repliegue estratégico hacia el Indo-Pacífico han reducido su compromiso operacional.

La administración estadounidense, centrada ahora en la contención de China y Rusia, ha adoptado una lógica de “liderazgo desde atrás”, confiando en coaliciones regionales para gestionar crisis locales. Este reajuste, aunque racional desde la perspectiva global de Washington, ha sido percibido en el Golfo como una erosión del paraguas de seguridad tradicional. Episodios como los ataques contra las instalaciones de Abqaiq y Khurais en 2019, o los ataques hutíes a infraestructuras saudíes y emiratíes en 2020 y 2021, reforzaron la sensación de vulnerabilidad de las monarquías árabes. La respuesta estadounidense —limitada y tardía— consolidó la percepción de que la garantía de defensa ya no es automática ni incondicional.

En el plano político, las relaciones bilaterales se han visto tensionadas por condicionalidades normativas (derechos humanos, Yemen, caso Khashoggi) y por la creciente presión del Congreso sobre la exportación de armamento sensible. Todo ello ha empujado a Riad a desarrollar una estrategia de autonomía estratégica progresiva, en la que el vínculo con Washington se mantiene, pero se complementa con alianzas paralelas que reduzcan la dependencia de la potencia norteamericana.

4.1.2 China: expansión estructural y diplomacia de la interdependencia

En contraste con el repliegue estadounidense, China ha desplegado una estrategia expansiva en Oriente Medio basada en la diplomacia económica, la inversión tecnológica y la neutralidad política. A través de la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI), Pekín ha tejido una red de infraestructuras, acuerdos comerciales y proyectos energéticos que vinculan el Golfo con Asia Central y el Océano Índico. Arabia Saudí es hoy el principal proveedor de crudo de China, mientras que empresas chinas participan en grandes proyectos saudíes como Neom, Yanbu o Jazan, aportando tecnología y financiación.

El enfoque chino se distingue por su no injerencia política y por ofrecer transferencia tecnológica y cooperación militar discreta, especialmente en ámbitos como los sistemas no tripulados, defensa aérea de corto alcance y telecomunicaciones 5G.

Estas ventajas han permitido a Pekín convertirse en un actor estructural en la región sin necesidad de presencia militar masiva. Además, su papel de mediador en la reconciliación saudí-iraní en 2023 consolidó su imagen como potencia estabilizadora y alternativa al tutelaje occidental.

Esta relación también tiene una dimensión estratégica; al estrechar la cooperación con Pekín, Riad se inserta en un entramado euroasiático de interdependencia, que incluye la conexión energética con Pakistán y el corredor terrestre hacia Xinjiang a través del CPEC (China-Pakistan Economic Corridor). Este vector otorga a Arabia Saudí margen de maniobra frente a Washington, al tiempo que fortalece la proyección de China en el Golfo como garante indirecto de estabilidad energética y actor del nuevo orden multipolar.

4.1.3 Rusia: poder disruptivo y mediador táctico

Por su parte, Rusia ha reaparecido como un actor de influencia táctica, combinando su papel de productor energético con una diplomacia de oportunidad y proyección militar selectiva. La intervención en Siria en 2015, le devolvió estatus como potencia con capacidad de veto sobre los equilibrios de seguridad de Oriente Medio. Desde entonces, Moscú ha diversificado su acción; venta de armamento a Egipto, Argelia y Emiratos Árabes Unidos; acuerdos energéticos con Irán y Arabia Saudí; y participación activa en la OPEP+ (Organización de Países Exportadores de Petróleo), que ha fortalecido su coordinación con Riad en la gestión de los precios del petróleo.

El enfoque ruso no busca sustituir a Estados Unidos, sino erosionar su exclusividad. Mediante la combinación de cooperación energética, diplomacia militar y presencia en foros multilaterales, Moscú se presenta como una potencia pragmática que ofrece contrapesos. La guerra de Ucrania ha limitado su margen financiero, pero ha intensificado la convergencia con China y ha impulsado la idea de un eje energético euroasiático, en el que el Golfo desempeña un papel crucial como proveedor alternativo a los mercados europeos.

En conjunto, Oriente Medio atraviesa una etapa de “multipolaridad activa”, caracterizada por la coexistencia de múltiples centros de poder, la competencia entre grandes potencias y la creciente agencia de los actores regionales. Arabia Saudí se ha adaptado de forma pragmática a este entorno, combinando su papel de socio estratégico de Washington con una política de equilibrio entre potencias, reforzada por vínculos energéticos con Rusia, tecnológicos con China y militares con Pakistán.

Este realineamiento no responde a un antiamericanismo estructural, sino a una racionalidad estratégica de diversificación, que busca blindar la seguridad del Reino frente a los ciclos políticos estadounidenses y las rivalidades globales. En esta lógica, Riad actúa como un “pívot oscilante”, capaz de mantener relaciones operativas con las tres potencias extrarregionales, al tiempo que lidera procesos de integración intra-islámica que apuntan a una mayor autonomía regional.

En definitiva, el espacio geopolítico de Oriente Medio ya no está definido por un solo patrón de dominación externa, sino por una interdependencia competitiva. Estados Unidos conserva su superioridad militar, China avanza en la construcción de dependencia económica y tecnológica, y Rusia actúa como mediador táctico y socio energético. En este triángulo de influencias, las monarquías del Golfo —y especialmente Arabia Saudí— han pasado de ser receptores de seguridad a arquitectos de un equilibrio estratégico propio, donde la autonomía, la flexibilidad y la diversificación se convierten en las claves del nuevo orden regional.

4.2 Nuevas alianzas y cambios en los bloques de poder

La configuración de alianzas en Oriente Medio atraviesa una mutación acelerada que redefine los ejes tradicionales de poder. La región, históricamente moldeada por la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética durante la Guerra Fría, había permanecido bajo un esquema de hegemonía asimétrica estadounidense, sustentado en el intercambio de seguridad por petróleo. Sin embargo, el agotamiento de ese modelo y la emergencia de un entorno multipolar están generando una recomposición profunda de los vínculos estratégicos.

El progresivo distanciamiento entre Arabia Saudí y Estados Unidos constituye el factor más visible de este cambio. La disminución del compromiso militar norteamericano, su giro hacia el Indo-Pacífico y los crecientes condicionamientos políticos en materia de derechos humanos y exportaciones sensibles han erosionado la percepción de Riad sobre la fiabilidad de la garantía de seguridad estadounidense. Los episodios de Abqaiq-Khuraib en 2019, y los ataques hutíes de 2020–2021 revelaron que el paraguas de disuasión norteamericano ya no ofrecía una protección automática. Este deterioro ha impulsado una estrategia saudí de diversificación de alianzas, caracterizada por una diplomacia pragmática que busca asegurar redundancias de seguridad y flexibilidad política.

En este nuevo entorno, Riad ha optado por una política exterior de “autonomía estratégica variable”, que combina tres movimientos simultáneos:

1. Mantenimiento de vínculos funcionales con Washington, especialmente en defensa avanzada, inteligencia y tecnología energética.
2. Apertura hacia actores euroasiáticos, en particular China y Rusia, que ofrecen cooperación tecnológica sin las condiciones políticas de Occidente.
3. Refuerzo de los lazos con potencias musulmanas y países del Sur Global, para construir una red de alianzas que equilibre la dependencia de las grandes potencias.

Este tercer vector se ha materializado en el acercamiento a Pakistán, Indonesia, Egipto y Turquía, así como en la revitalización de organismos multilaterales como la Organización de Cooperación Islámica (OCI) y la Coalición Militar Islámica contra el Terrorismo (IMCTC). Estas plataformas no solo amplían la proyección diplomática del Golfo, sino que también sientan las bases para una arquitectura de seguridad islámica cooperativa, capaz de actuar con relativa independencia de las estructuras occidentales.

El resultado es un mosaico de alianzas flexibles y multifuncionales, menos ideológicas y más transaccionales, donde la disuasión, la autonomía y la proyección de poder se combinan según el contexto. En este entramado, Pakistán adquiere un papel central como proveedor de capacidades militares y disuasión nuclear, mientras que Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos actúan como anclas financieras y logísticas.

De forma paralela, la cooperación con China —principal socio energético de Riad y aliado estratégico de Islamabad— amplía la proyección de estos vínculos hacia Asia Meridional y Central, creando un corredor geoestratégico que conecta el Golfo, el Océano Índico y Xinjiang a través del Corredor Económico China-Pakistán (CPEC).

La dimensión china de este reacomodo no es menor. Pekín ha consolidado su posición en Oriente Medio mediante diplomacia económica, inversión en infraestructura y mediación política, como demostró su papel en la reconciliación saudí-iraní de 2023.

Su estrategia de “asociaciones integrales” promueve un modelo de cooperación no intervencionista, que resulta atractivo para regímenes que buscan maximizar autonomía sin condicionalidades políticas. En ese contexto, el acercamiento simultáneo de Arabia Saudí a China y Pakistán consolida una trama de interdependencia eurasiática, alineada con la visión multipolar defendida por ambos países.

A la vez, Rusia ha encontrado en el Golfo un espacio de influencia a través de la OPEP+, donde coordina con Riad la gestión de la producción petrolera. Su papel no es dominante, pero le otorga relevancia estratégica y capacidad para actuar como mediador táctico en un escenario donde los equilibrios energéticos condicionan la política global. Este triángulo Riad–Moscú–Pekín se superpone, de manera pragmática, con los lazos históricos con Washington, conformando una red compleja de equilibrios cruzados.

En este nuevo contexto, los bloques de poder ya no responden a alineamientos binarios, sino a configuraciones modulares y cambiantes, donde los Estados medianos —Arabia Saudí, Turquía, Egipto, Irán o Israel— ejercen márgenes de maniobra. La erosión del orden unipolar ha abierto un espacio competitivo en el que las potencias regionales buscan convertirse en nodos de influencia y proveedores de estabilidad, aprovechando su posición geográfica, energética o militar.

La entrada de Pakistán en el tablero del Golfo, formalizada a través del Acuerdo de Defensa Mutua (SMDA), es el ejemplo más claro de este fenómeno. Islamabad no solo aporta una capacidad nuclear que eleva el umbral de disuasión, sino que también representa un puente funcional entre el mundo árabe y el sur de Asia, uniendo dimensiones militares, energéticas y logísticas. Para Riad, este vínculo ofrece un seguro de estabilidad ante la incertidumbre de Washington; para Pakistán, una fuente de financiación y legitimidad internacional.

Este proceso de realineamiento también tiene implicaciones para el equilibrio sistémico global. La emergencia de un bloque islámico-asiático flexible, capaz de coordinar agendas de seguridad, energía y desarrollo, introduce un nuevo polo en la arquitectura internacional. Sin aspirar a sustituir a la OTAN ni al eje occidental, este bloque puede actuar como actor de balance, basculando entre China y Estados Unidos según las circunstancias.

En definitiva, el sistema de alianzas en Oriente Medio está dejando atrás la rigidez bipolar para adoptar un patrón de multipolaridad fluida, caracterizado por alianzas selectivas, cooperación pragmática y autonomía creciente. Esta tendencia apunta hacia la consolidación de una red de seguridad islámica-eurasiática, en la que Arabia Saudí se posiciona como centro de gravedad político-financiero, Pakistán como pilar militar-nuclear, y China como respaldo tecnológico y estratégico. Su evolución en la próxima década definirá no solo el equilibrio de poder en el Golfo, sino también la naturaleza de la multipolaridad emergente.

4.2.1 Acuerdo de Defensa Mutua

El Strategic Mutual Defence Agreement (SMDA), suscrito entre Arabia Saudí y Pakistán el 17 de septiembre de 2025, marca un punto de inflexión en la arquitectura de seguridad del Golfo y el sur de Asia. En su esencia, el pacto establece que toda agresión contra una de las partes será considerada una agresión contra la otra, lo que implica un compromiso de asistencia recíproca en defensa, conforme al artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas. La fórmula remite al espíritu del artículo 5 de la OTAN, pero adaptada a un entorno caracterizado por amenazas híbridas y asimétricas —ataques con drones, misiles de corto y medio alcance, sabotajes sobre infraestructura energética, o ciberataques— en el que la disuasión se apoya tanto en medios convencionales como en la ambigüedad nuclear.

El acuerdo no surge en el vacío, sino que corona seis décadas de cooperación estructural entre Riad e Islamabad. Desde los años sesenta, las Fuerzas Armadas pakistaníes han desempeñado un papel recurrente en la formación, adiestramiento y protección de instalaciones saudíes. Durante la guerra Irán–Irak y la primera Guerra del Golfo, contingentes pakistaníes participaron activamente en tareas defensivas en territorio saudí. En el plano financiero, el Reino sostuvo a Pakistán en momentos de crisis —como tras las sanciones de 1998 por sus pruebas nucleares— mediante créditos energéticos y depósitos bilaterales que evitaron el colapso macroeconómico del país. Esta interdependencia ha evolucionado hacia una alianza funcional, en la que Arabia Saudí aporta capital, legitimidad religiosa y demanda tecnológica, mientras Pakistán ofrece capacidades militares y disuasión nuclear.

Desde el punto de vista operativo y doctrinal, el SMDA representa la institucionalización de esa relación. Contempla la creación de mecanismos de interoperabilidad progresiva, incluyendo el intercambio de inteligencia, enlaces C4ISR (mando, control, comunicaciones, computación, inteligencia, vigilancia y reconocimiento), ejercicios conjuntos y asistencia técnica en defensa aérea y antimisiles. También se prevé la cooperación en sistemas no tripulados, guerra anti-drones y protección de infraestructuras críticas, ámbitos donde el ejército pakistaní acumula experiencia derivada de dos décadas de conflicto en entornos irregulares.

Uno de los aspectos más sensibles del pacto es su dimensión nuclear implícita. Aunque el texto no incluye compromisos explícitos en materia de intercambio nuclear o despliegue de armas, la ambigüedad de las declaraciones oficiales —en especial la referencia saudí a “todos los medios militares necesarios”— sugiere la existencia de una disuasión extendida de facto. Islamabad mantiene un programa nuclear maduro, con vectores aéreos y balísticos de alcance medio, lo que convierte a Pakistán en el único Estado musulmán con capacidad nuclear operativa. Para Riad, esta relación constituye un seguro estratégico frente a Irán e Israel, dos actores con capacidad para proyectar poder más allá de sus fronteras.

El valor añadido del SMDA radica también en su potencial industrial y tecnológico. Pakistán ha desarrollado una industria de defensa de bajo coste, pero creciente sofisticación (producción de cazas JF-17, UAV armados, blindados y sistemas de guiado).

Arabia Saudí, en el marco de su programa Visión 2030, busca localizar el 50 % del gasto en defensa dentro del reino. La cooperación con Islamabad ofrece una vía intermedia entre la dependencia de proveedores occidentales —que imponen restricciones de transferencia tecnológica— y la integración plena en cadenas chinas, que podría implicar riesgos de sanciones o incompatibilidades técnicas. A través del SMDA, Riad puede acceder a know-how militar y capacidades de mantenimiento, al tiempo que estimula su base industrial propia y reduce costes operativos.

En términos geoeconómicos, el acuerdo consolida un canal energético y financiero bidireccional. Arabia Saudí garantiza a Pakistán suministro preferente de crudo y apoyo presupuestario, mientras Islamabad ofrece cooperación en seguridad de instalaciones, entrenamiento militar y despliegue de contingentes para protección de activos estratégicos saudíes. Esta simbiosis refuerza la autonomía estratégica de ambos países: Riad diversifica sus socios de defensa y reduce su dependencia de Washington, mientras Pakistán obtiene liquidez, respaldo diplomático y legitimidad internacional en un momento de vulnerabilidad económica.

El SMDA también posee un claro valor de señalización geopolítica. Para Arabia Saudí, el acuerdo actúa como palanca diplomática frente a Estados Unidos, demostrando que dispone de alternativas si percibe ambigüedad o condicionalidad en la garantía de seguridad estadounidense. En un contexto marcado por la reducción de la huella militar norteamericana en Oriente Medio y la reorientación hacia el Indo-Pacífico, el SMDA aumenta la capacidad negociadora de Riad frente a Washington. Simultáneamente, China aparece como beneficiario indirecto, al conectar su socio estratégico pakistaní con el principal exportador de petróleo del Golfo, lo que fortalece su seguridad energética y su influencia regional. Pekín puede ahora proyectar su presencia a través de un triángulo funcional: energía saudí, logística pakistaní (puerto de Gwadar y CPEC) y manufactura china.

Sin embargo, el acuerdo presenta limitaciones estructurales que moderan su alcance real. En primer lugar, la asimetría de prioridades: la doctrina militar pakistaní se centra en la disuasión frente a India, su adversario histórico, por lo que el compromiso de defensa hacia Arabia Saudí no es automático ni prioritario.

En segundo lugar, la ambigüedad nuclear que otorga flexibilidad diplomática también reduce la credibilidad disuasoria en términos operativos: sin un mando conjunto, reglas de activación o protocolos de despliegue, el efecto disuasorio se basa más en la percepción que en la capacidad real de respuesta inmediata. Por último, la política exterior saudí mantiene un principio de equilibrio entre potencias —Washington, Pekín, Moscú— y no busca sustituir alianzas tradicionales, sino complementarlas, lo que limita la profundidad de integración militar con Islamabad.

Pese a estas limitaciones, el SMDA representa un hito cualitativo. Al incorporar formalmente a una potencia nuclear musulmana al cálculo de seguridad del Golfo, el pacto reconfigura el tablero estratégico y proyecta la posibilidad de una arquitectura de seguridad islámica más amplia. Este marco podría incluir en el futuro a Emiratos Árabes Unidos, Kuwait, Omán, Jordania, Egipto o Irak, con compromisos graduales de defensa mutua, financiación energética y cooperación en defensa aérea y antimisiles. En su forma embrionaria, el SMDA es tanto un acuerdo de defensa como una apuesta por la autonomía estratégica del mundo islámico, una plataforma que podría bascular entre China y Estados Unidos según las circunstancias.

En definitiva, el SMDA no debe interpretarse como una alianza militar cerrada, sino como una estructura de cooperación flexible, que combina defensa, diplomacia e industria. Funciona como mecanismo de disuasión, instrumento de negociación y símbolo de soberanía estratégica. Si en el pasado la ecuación fue “petróleo por seguridad” con Washington, hoy el eje Riad–Islamabad inaugura un paradigma distinto: “capital por disuasión y capacidades”, más autónomo, menos condicionado y más adaptado a un orden internacional que avanza hacia la multipolaridad competitiva.

5. SEGURIDAD Y ESTABILIDAD

Oriente Medio continúa siendo una de las regiones más volátiles del sistema internacional. Su importancia geoestratégica, derivada de su posición entre tres continentes, su relevancia energética y su papel en las principales rutas comerciales y militares, la convierten en un eje clave para la seguridad global. Sin embargo, la región se caracteriza por una persistente inestabilidad estructural, resultado de factores políticos, religiosos, económicos y sociales.

En la actualidad, la seguridad de Oriente Medio está condicionada por la existencia de conflictos activos, rivalidades interestatales, y a la presencia de actores no estatales armados que desafían la autoridad de los gobiernos centrales.

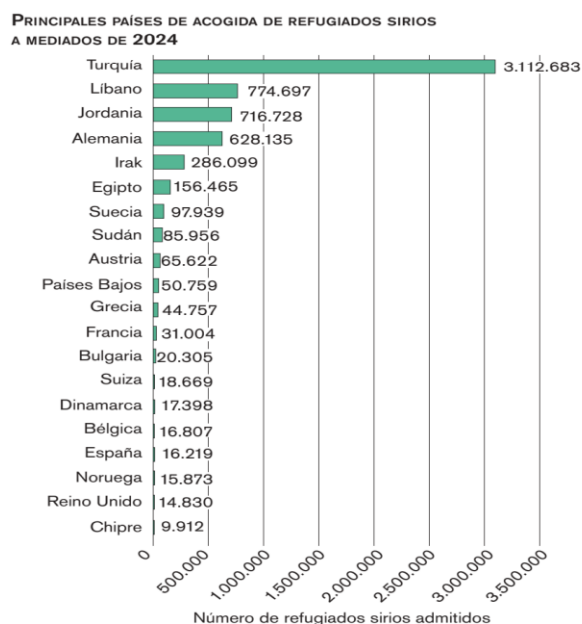
5.1 Principales conflictos activos

5.1.1 Siria: un equilibrio inestable

El colapso y la posterior caída del Partido Árabe Socialista, encabezado por Bashar Al Assad, en diciembre de 2024, marcó un punto de inflexión en la historia reciente de Oriente Medio.

Tras casi catorce años de liderazgo ejerciendo el control sobre la mayor parte del país, incluidas las principales ciudades, el régimen de Al Assad se vio sorprendido por una coalición formada, entre otros, por el Ejército Nacional Sirio (SNA) y el grupo Hayat Tahrir al-Sham (HTS), que avanzaron hasta tomar la ciudad de Damasco, lugar dónde consiguieron llegar al poder y forzar la salida de Bashar, poniendo así fin, a más de una década de políticas autoritarias. (Ver Anexo 1)

El vacío de poder ha hecho que el principal objetivo del país sea sentar nuevas bases que contribuyan a la reconstrucción económica y social, para lo que resulta imprescindible la cooperación internacional que fomente distintas ayudas y permita la creación de condiciones favorables de seguridad para impulsar y promover también, el retorno de refugiados. Sólo en Turquía se estima que se refugian más de tres millones de sirios.



Fuente: ACNUR

Figura 1: Gráfico que refleja los principales países de acogida de refugiados sirios en 2024.

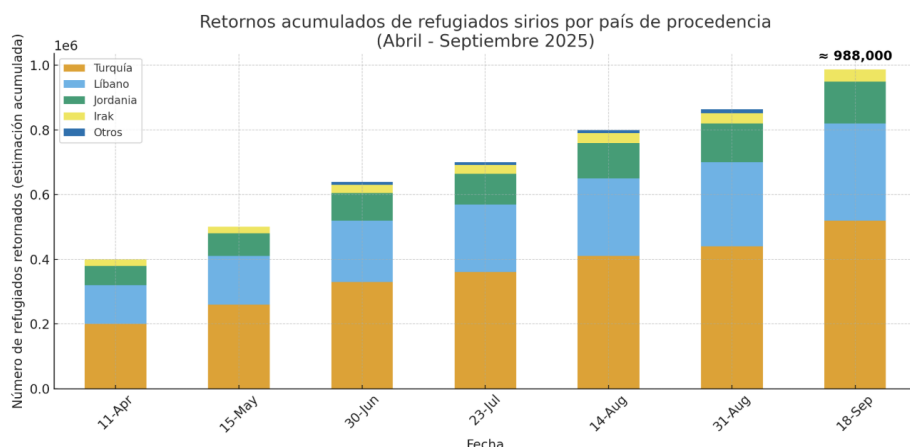


Figura 2: Gráfico que refleja el retorno de los refugiados sirios durante el 2025.

En marzo de 2025 se constituyó un nuevo gobierno de transición bajo el mando de Ahmed al-Sharaa, un acontecimiento clave que trajo consigo la derogación de la Constitución y la disolución del Parlamento, además de una declaración de intenciones cuya finalidad es la recomposición de un país que garantice un futuro estable.

Meses más tarde, el 5 de octubre, la población siria fue convocada para formar un nuevo Parlamento, en unas elecciones que distan mucho de ser las habituales en un país democrático, pues ni todos los sirios tuvieron la posibilidad de ir a las urnas, ni tampoco hubo presencia de partidos políticos. Se utilizó un sistema indirecto, es decir, determinados miembros de comités locales fueron los encargados de designar a los nuevos parlamentarios en un total de 140 escaños, pues los 70 restantes son elegidos por el presidente interino Ahmed al-Sharaa.

A pesar de que la iniciativa del nuevo presidente representa una evolución y un paso más en el camino hacia la consolidación de un nuevo régimen democrático, siguen existiendo cuestiones que intensifican las vulnerabilidades de la población y la capacidad de manipulación del gobierno. Entre ellas se encuentra la Constitución provisional de Siria, la cual indica que los decretos presidenciales únicamente pueden ser revocados por una mayoría de dos tercios. Si 70 de los 210 escaños son elegidos por el presidente, representando sus intereses, será difícil que se actúe en su contra. No obstante, Ahmed al-Sharaa se ha comprometido a organizar unos nuevos comicios en los próximos treinta meses, y ahí sí, se convocará a toda la ciudadanía mayor de dieciocho años.

Por otro lado, el Kremlin desempeña un papel fundamental en Siria, ya que ha sido uno de los principales aliados de Bashar al-Assad y no está dispuesto a perder su influencia en el territorio, lo que lo obliga a negociar con quienes antes consideraba enemigos. Para Rusia, resulta esencial mantener la estrecha relación de cooperación que existía entre ambos países, pues esto le permite conservar diversos beneficios estratégicos.

Además, se persiguen objetivos económicos vinculados con la explotación de yacimientos de gas e hidrocarburos, ya que, por su ubicación geográfica, Siria se convierte en un punto clave para el tránsito energético que conecta a los países del Golfo Pérsico con Europa. A ello se suma que la presencia de tropas rusas en territorio sirio continúa representando una amenaza para el flanco sur de la OTAN, una situación que cobra especial relevancia tras las recientes incursiones en el espacio aéreo de varios países miembros de la Alianza Atlántica.

5.1.2 Israel y Palestina: escaladas periódicas y diplomacia estancada

A 3 de octubre de 2025, según el Ministerio de Salud de Gaza, 67 075 personas han muerto y 169 430 han resultado heridas, de aproximadamente 2,2 millones de personas que vivían en la Franja de Gaza en julio de 2023 (sin incluir a las fuerzas militares israelíes). El número total de gazatíes ha disminuido a unos 2,1 millones desde el inicio de la guerra debido a las muertes y a la salida de alrededor de 100.000 personas del territorio. El total de víctimas, 236.505 personas muertas y heridas constituye más del 10% de la población de Gaza anterior a la guerra.

Por un lado, los ataques perpetrados el 7 de octubre de 2023 por parte de la organización terrorista Hamás contra Israel, fueron los detonantes que desencadenaron, posteriormente, una respuesta bélica a gran escala. Por otro lado, una de las causas principales del conflicto se remonta a 1967, año en el que tuvo lugar la ocupación israelí de Cisjordania, el este de Jerusalén y Gaza. Además, una serie de asentamientos ilegales por parte de Israel en territorios ocupados han provocado numerosas disputas a lo largo de la historia, generando enfrentamientos constantes, que, a día de hoy, siguen suponiendo un desafío para la seguridad de las distintas regiones. (Ver Anexo 2)

En la actualidad, el punto clave del enfrentamiento viene marcado por el reconocimiento de los dos Estados. Durante la primera legislatura de Donald Trump se firmaron los Acuerdos de Abraham, un pacto que trataba de instaurar la paz y la estabilidad y reconocer a Israel como un Estado soberano, facilitando también, su integración en la región.

En ese momento, tanto Europa como Estados Unidos, eran partidarios de la solución de los dos Estados. Es por ello, que la llegada del presidente estadounidense a este segundo mandato cobra especial relevancia en la política exterior. Sus ideas han cambiado, y con ello se ha evaporado la viabilidad de que se pueda reconocer la existencia de dos Estados independientes. (Ver Anexo 3)

Benjamín Netanyahu, líder del actual gobierno israelí, está decidido a tomar el control de todo el territorio palestino argumentando razones de seguridad nacional y reclamos históricos, alejando así, cualquier posibilidad de acuerdo, y también, toda esperanza de que un alto al fuego se lleve a cabo, a pesar de las numerosas treguas que se han efectuado, y se siguen efectuando en la actualidad. (Ver Anexo 4)

En el ámbito internacional, la solución de los dos Estados sigue siendo la elegida por la gran mayoría de países, pues consideran que es la única solución viable para acabar con el conflicto. Sólo cuando ambos países sean conscientes y acepten que no pueden tener el control de todo el territorio, y sean capaces de reconocerse mutuamente como estados soberanos, será posible alcanzar un acuerdo de paz. (Ver Anexo 5)

5.1.3 Israel e Irán: lucha por la hegemonía

La denominada “Guerra de los doce días” que tuvo lugar entre el 13 y el 24 de junio de 2025, tenía como objetivo principal evitar que Estados Unidos, aliado de Israel, continuara las negociaciones con Irán. De esta manera, se evitó también que este último pudiera fabricar bombas nucleares que pusieran en peligro la seguridad e integridad del pueblo israelí.

Irán y sus capacidades armamentísticas se han visto dañadas, aunque no por ello están dispuestos a renunciar, quieren seguir fortaleciendo su potencial militar y nuclear, y amenazan con dar una respuesta si Israel vuelve a atacarlos. Además, cuentan con el apoyo de grandes potencias como es el caso de China o Rusia y también, con distintas fuerzas aliadas en el territorio. (Ver Anexo 6)

En cuanto a Israel, tal y como ha demostrado en los últimos meses, no va a permitir que ninguno de los países de la zona pueda constituir una amenaza, y emprenderá las acciones que sean necesarias para conseguir la destrucción de estas. Al igual que sucede en los casos anteriores, el diálogo y la diplomacia podrían ser el único medio para alcanzar la convivencia.

5.1.4 Yemen y Mar Rojo

Desde noviembre de 2023, los ataques de los hutíes en corredores hacia Suez instauraron un patrón sostenido de coerción marítima. Se registran de 90 a 120 incidentes durante 2025. Los desvíos por el Cabo alcanzaron picos del 40 al 70% del tonelaje previsto y las primas de riesgo de guerra se movieron en el rango de 0,5 a 1,2 % del valor del buque.

La operación europea ASPIDES y el dispositivo liderado por EE. UU. reducen parte del riesgo, pero no lo eliminan. El impacto mayor se expresa en los costes logísticos, tiempos de tránsito y seguros contra incidentes. Egipto enfrenta menores ingresos por peajes, y los fletes hacia Europa incorporan recargos. La continuidad del patrón refuerza la percepción de que un actor no estatal puede imponer costos logísticos globales con recursos limitados.

5.2 Terrorismo y redes insurgentes

Oriente Medio es una de las zonas que más ha sufrido la proliferación de grupos terroristas como el Estado Islámico o Al Qaeda, entre otros. Lo cierto es que su habilidad ofensiva ha disminuido, al igual que lo ha hecho también su número de integrantes y, como consecuencia, su capacidad de controlar e imponer sus reglas en grandes territorios.



Figura 3: Gráfico de estimación del número de integrantes que conforman ISIS y Al Qaeda.

A pesar de ello, estos grupos terroristas, especialmente el Estado Islámico, sigue operando en pequeñas células y sigue teniendo capacidad de reagrupamiento. Tanto es así, que uno de sus objetivos actuales podría ser volver a instaurar su régimen en Siria tras la caída de Al Assad, y también, en su país vecino, Irak. Aunque sus intentos de ataque, hasta el momento, han sido frustrados, es probable que intensifiquen sus esfuerzos y traten de reclutar nuevos combatientes aprovechando el momento de inestabilidad que atraviesa la región.

Además, la caída y el posterior exilio del líder sirio, ha traído como resultado que los exmiembros del régimen intenten formar nuevas células atraídos por el deseo de volver a restablecer el sistema de gobierno que existía hasta entonces. Aún siguen teniendo poder en zonas principalmente rurales y fronterizas, y tratarán de movilizar nuevos simpatizantes que estén descontentos con el actual gobierno por medio de reivindicaciones económicas o sociales. (Ver Anexo 7)

Otros grupos terroristas que, a día de hoy, juegan un papel fundamental en la reconfiguración son:

Hamás - cuyo nombre completo es *Ḥarakat al-Muqāwama al-ʿIslāmiyya* (Movimiento de Resistencia Islámica) es un movimiento islamista suní palestino que combina funciones políticas y militares, y que ha desempeñado un papel central en el conflicto israelí-palestino.

Surge en 1980 como una escisión de los Hermanos Musulmanes, con el objetivo de impulsar una resistencia islámica frente a la ocupación israelí. Hamás opera a través de una doble estructura:

- Componente político: administra la Franja de Gaza desde 2007, proporcionando servicios públicos, recaudación fiscal y control del orden local
- Brazo armado: las Brigadas Izz ad-Din al-Qassam, responsables de lanzar cohetes, ataques terrestres, operaciones de infiltración e infraestructura militar subterránea.

Desde 2007, tras un conflicto con Fatah, Hamás controla la Franja de Gaza como autoridad de facto. Ese control ha sido objeto de un bloqueo militar, económico y humanitario impuesto por Israel y Egipto. Tal y como se ha mencionado anteriormente, el 7 de octubre de 2023 supuso un punto de inflexión en el conflicto, un ataque sorpresa que causó miles de pérdidas implicó una respuesta israelí masiva con la que se reanudaron las hostilidades.

La capacidad de diálogo y la disposición de cada una de las partes, marcará el rumbo de un posible alto al fuego. Por su parte Hamas, rechaza la posibilidad de desarmarse mientras sigan produciéndose ataques y mientras Israel tenga como objetivo la ocupación total de la región.

Hezbollah - (*Hizb Allāh*, “Partido de Dios”) es un movimiento político, social y militar chií libanés fundado en 1982, durante la invasión israelí del Líbano. Surgió con apoyo de Irán y de la Guardia Revolucionaria Islámica, con el objetivo de resistir la ocupación israelí y promover la creación de un Estado islámico basado en el modelo de la República Islámica de Irán. Hezbollah se organiza en tres ramas principales:

- Ala política, que participa activamente en el Parlamento libanés desde 1992, formando parte de coaliciones gubernamentales.
- Componente militar, conocida como *la Resistencia Islámica del Líbano*, con capacidad armada significativa, incluyendo misiles de corto y medio alcance, unidades antitanque y fuerzas de élite.
- Red social y asistencial, que administra escuelas, hospitales, programas de reconstrucción y servicios en barrios chiíes del sur del Líbano y Beirut.

Hezbollah es considerado una de las mayores amenazas para la seguridad de Oriente Medio. Israel es su principal enemigo y, a día de hoy, siguen manteniéndose activos algunos focos de conflicto que, de no solucionarse, pueden desembocar en una guerra a gran escala.

5.3 Amenazas híbridas; ciberseguridad y guerra no convencional

En Oriente Medio, las amenazas híbridas han redefinido la dinámica de los conflictos al combinar tácticas militares convencionales con guerra cibernética, desinformación y operaciones irregulares. Estados como Irán, Israel y Turquía, junto con actores no estatales como Hezbollah y Hamás, utilizan estrategias mixtas para ampliar su influencia y debilitar a sus adversarios. En este contexto, la ciberseguridad se ha convertido en un frente crucial, evidenciado por ataques a infraestructuras críticas y operaciones de espionaje digital, mientras que la **guerra** no convencional —basada en drones, milicias, propaganda y sabotaje— ha difuminado los límites entre la paz y el conflicto. Estas dinámicas reflejan una transformación profunda en la seguridad regional, donde el poder ya no se mide solo en capacidad militar, sino también en control tecnológico e informativo.

5.3.1 Ciberataques y desinformación

El avance de las nuevas tecnologías y el uso de las redes sociales como herramientas no convencionales para influir en la opinión pública se han convertido en una tendencia cada vez más común. Y lo cierto es que esto ha traído como consecuencia la polarización de un sistema cada vez más dividido que utiliza la desinformación para fomentar discursos de odio que traten de justificar la violencia, manipular a la sociedad y promover las distintas agendas políticas.

A día de hoy, la desinformación ha logrado constituirse como una de las mayores amenazas para la paz social, pues es capaz de debilitar instituciones y condicionar el voto de la ciudadanía que cada vez siente más desafección hacia la clase política, especialmente en una región como es Oriente Medio, un territorio marcado por los continuos enfrentamientos bélicos.

Es importante establecer límites y fomentar el pensamiento crítico, regularizar las plataformas digitales y también imponer sanciones a los medios de comunicación que, a conciencia, trabajen con noticias falsas. Se debe respetar el derecho de libertad de expresión en todos los ámbitos, pero no puede utilizarse como argumento o excusa para difundir bulos.

Además, otro de los mayores riesgos a los que se enfrenta la población es la ciberdelincuencia, un fenómeno que ha potenciado las rivalidades geopolíticas ya existentes, pues es el instrumento idóneo para poner en jaque la seguridad de las infraestructuras críticas y los servicios esenciales de un país. Esto cobra especial relevancia cuando se trata de un territorio estratégico cuyo recurso principal es el suministro global de gas o petróleo.

Las organizaciones terroristas también han avanzado y mejorado sus técnicas, recurriendo a la ciberdelincuencia como método de captación a través del robo de datos y la difusión de propaganda desde la Deep Web, espacio que utilizan para dificultar su identificación y rastreo, y como consecuencia, la imposibilidad de detener alguna de esas operaciones.

En conclusión, la ciberdelincuencia es una amenaza en pleno auge que adquiere protagonismo por la capacidad de destrucción que puede llegar a tener. Es cada vez más necesario que los diferentes gobiernos empiecen a fortalecer e invertir en sus capacidades de ciberseguridad, pues como se ha mencionado anteriormente, un ciberataque en Oriente Medio es capaz de debilitar instituciones a nivel mundial.

La cooperación internacional y la coordinación entre distintos países será fundamental para lograr mitigar amenazas en un contexto global cada vez más tensionado donde se hace imprescindible la protección de la población y también, de las infraestructuras críticas.

5.4 Proliferación nuclear

Oriente Medio exhibe actualmente un alto nivel de latencia nuclear, y es que, varios de los Estados que lo conforman poseen capacidades e infraestructuras suficientes como para llevar a cabo una escalada que pueda poner en riesgo la seguridad y la estabilidad del régimen internacional.

El fin de la Segunda Guerra Mundial supuso también el fin de la libre difusión de armas nucleares. Se firmó un Tratado de No Proliferación (TNP) con el que se pretendía imponer límites y contener el aumento de dichos instrumentos, pero la falta de compromiso y la desconfianza que existe entre los diferentes Estados miembro han dado pie a que países como Israel, considerado uno de los territorios con potencia nuclear, haya decidido no formar parte de este acuerdo.

Actualmente, otra de las grandes preocupaciones es Irán, y es que, a pesar de formar parte del tratado anteriormente mencionado, se confirma que en estos últimos años ha incumplido alguna de las normas reflejadas en él, pues ha estado diseñando programas de enriquecimiento de uranio, uno de los principales materiales para desarrollar este tipo de armas.

Como consecuencia de este incremento, Estados Unidos decidió, el pasado mes de junio, lanzar una ofensiva aérea contra tres de las instalaciones del régimen iraní. El ataque se produjo en medio de una escalada de tensiones entre Israel e Irán, agravada por el colapso del Plan de Acción Integral Conjunto, un pacto internacional con el que se pretende garantizar que el programa nuclear iraní sea pacífico.

Sin embargo, lo que se consiguió fue que el Parlamento iraní aprobara la suspensión de la colaboración con la Organización Internacional para la Energía Atómica, además de estar considerando la retirada del Tratado de No Proliferación como consecuencia de las sanciones impuestas por el enriquecimiento de uranio. Si finalmente esto sucede, los diversos ataques de Israel y Estados Unidos sólo habrían servido para dar comienzo al desarrollo de una carrera nuclear que tendrá como objetivo hacerse con la mayor dotación posible.

Por otro lado, países como Arabia Saudí, Egipto o Turquía, se plantean desarrollar su propio programa nuclear, si finalmente Irán decide cruzar el umbral de crear su particular artefacto. El objetivo es tratar de buscar el equilibrio estratégico y a su vez, la disuasión. (Ver anexo 8)

6. IMPACTO GLOBAL DE LA RECONFIGURACIÓN DE ORIENTE MEDIO

La transformación estratégica que atraviesa Oriente Medio trasciende las fronteras regionales y proyecta consecuencias de alcance global. Los cambios en la arquitectura de poder, la redistribución de las alianzas y la emergencia de nuevos polos de influencia están modificando los equilibrios sobre los que se había sostenido el orden internacional desde finales de la Guerra Fría. Oriente Medio ya no puede entenderse como un espacio periférico o dependiente de la tutela de las grandes potencias, sino como un centro articulador de flujos energéticos, financieros y tecnológicos que afectan directamente a la estabilidad global.

El desplazamiento progresivo del eje de poder hacia Eurasia ha situado a la región en el núcleo de la competencia sistémica entre Estados Unidos, China y Rusia. Las potencias extrarregionales se disputan la influencia sobre los corredores marítimos, las cadenas de suministro y los recursos energéticos, mientras los actores locales —en particular Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Turquía e Irán— tratan de capitalizar esa rivalidad para reforzar su autonomía. La multiplicación de acuerdos de defensa, de inversiones y de cooperación tecnológica entre los países del Golfo y sus socios asiáticos refleja una tendencia estructural hacia la interdependencia y la diversificación estratégica.

Este proceso de reconfiguración también ha modificado la geografía del comercio mundial y las dinámicas energéticas. La inestabilidad en el mar Rojo, el reposicionamiento de los corredores terrestres y la expansión de los proyectos euroasiáticos impulsados por China están alterando las rutas por las que circulan mercancías, capitales y recursos. Los nuevos corredores que emergen desde el Golfo hacia el océano Índico, Asia Central y el Mediterráneo reordenan el mapa del comercio global y desplazan el centro de gravedad económico hacia el sur y el este del continente euroasiático.

Para Europa, estas transformaciones no son un fenómeno distante. La seguridad energética, la estabilidad del Mediterráneo y la viabilidad de sus cadenas logísticas dependen cada vez más de los equilibrios que se establecen en Oriente Medio. La región, tradicionalmente concebida como una fuente de recursos y conflictos externos, se ha convertido en un factor estructural de la economía y la seguridad europeas.

La reconfiguración de Oriente Medio, por tanto, no sólo redefine el equilibrio interno de la región, sino que modifica los fundamentos del orden global. En las próximas décadas, el modo en que se articulen las rutas comerciales, la competencia entre las potencias y la posición de Europa frente a estos procesos determinará el alcance real de la transición hacia un sistema internacional plenamente multipolar.

6.1 Cambios en las rutas comerciales

La reconfiguración geopolítica de Oriente Medio está transformando profundamente la estructura y el funcionamiento de las rutas comerciales globales. La combinación de conflictos armados, bloqueos marítimos y nuevas alianzas económicas ha alterado los flujos tradicionales de mercancías que conectan Asia, Europa y África a través de los grandes corredores energéticos y logísticos del mar Rojo y el Mediterráneo.

El conflicto regional iniciado tras los ataques de Hamás contra Israel en 2023 y la posterior ofensiva israelí sobre Gaza y Líbano provocaron una reacción en cadena que afectó directamente a los espacios marítimos del Golfo de Adén y del mar Rojo. La apertura de un frente por parte de las milicias hutíes en Yemen, con ataques a buques comerciales y petroleros con destino a puertos israelíes, convirtió el estrecho de Bab el-Mandeb en un cuello de botella

estratégico de primer orden. Por este paso transita aproximadamente una cuarta parte del comercio marítimo mundial, incluidos los cargamentos de petróleo y gas licuado con destino a Europa y Asia. Los ataques y sabotajes provocaron el desvío de centenares de buques hacia el cabo de Buena Esperanza, lo que aumentó los costes de transporte, los tiempos de entrega y las primas de seguros marítimos.

El cierre intermitente del tráfico en Bab el-Mandeb y la militarización del mar Rojo por parte de Israel, Estados Unidos y el Reino Unido reactivaron viejas preocupaciones sobre la seguridad de los pasos marítimos. La región ha pasado de ser un corredor estable bajo supervisión occidental a un espacio de alta conflictividad donde confluyen intereses de múltiples actores. Este cambio ha puesto de manifiesto la vulnerabilidad del sistema logístico global, extremadamente dependiente de un número reducido de puntos críticos —Suez, Ormuz y Bab el-Mandeb—, y ha reforzado el interés de las potencias regionales en desarrollar rutas alternativas.

Paralelamente, el debilitamiento del eje Irán–Siria–Hezbollah y la caída del régimen de Bashar al-Asad han alterado los corredores terrestres que conectaban el Levante con el Mediterráneo oriental. El tradicional tránsito de mercancías y energía a través de Siria ha quedado interrumpido, abriendo espacio para la creación de nuevos ejes de conectividad impulsados por los países del Golfo. Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos han asumido un papel de liderazgo en este proceso, promoviendo una red de infraestructuras portuarias y ferroviarias que busca integrar el mar Árabe, el mar Rojo y el Mediterráneo en un sistema de transporte intermodal bajo su control estratégico.

Entre las iniciativas más relevantes se encuentra la conexión de los puertos saudíes de Yanbu y Jeddah con el puerto pakistaní de Gwadar, dentro del Corredor Económico China-Pakistán (CPEC). Este corredor terrestre y marítimo, que enlaza el océano Índico con Xinjiang, ofrece una ruta alternativa para el comercio energético y manufacturero entre Asia y Europa, reduciendo la dependencia del canal de Suez.

A ello se suma la revisión del Corredor India-Medio Oriente-Europa (IMEC), anunciado en 2023 como un proyecto de cooperación entre India, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y la Unión Europea. Aunque su implementación se ha visto ralentizada por la guerra de Gaza y la inestabilidad regional, su potencial estratégico persiste como parte de una competencia más amplia entre modelos de integración euroasiáticos.

La emergencia de estas nuevas rutas refleja una transición estructural del comercio global: los flujos que históricamente estuvieron dominados por el eje transatlántico comienzan a desplazarse hacia redes euroasiáticas donde China ejerce una influencia creciente. A través de la Iniciativa de la Franja y la Ruta, Pekín ha impulsado una arquitectura logística alternativa que combina inversiones en puertos, ferrocarriles y zonas industriales en Arabia Saudí, Omán, Egipto y Pakistán. Este entramado busca reducir la exposición a los puntos de estrangulamiento controlados por Occidente y garantizar el suministro energético al mercado chino.

Para los países del Golfo, la construcción de nuevos corredores no solo responde a una lógica comercial, sino también a una estrategia de poder. Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos aspiran a convertirse en plataformas logísticas globales capaces de articular los flujos entre Asia y Europa bajo esquemas de gobernanza propios. Sus inversiones en infraestructuras marítimas, almacenamiento y transporte multimodal apuntan a consolidar un sistema Golfo–mar Rojo–Mediterráneo que permita diversificar la salida de hidrocarburos y productos manufacturados, al tiempo que se refuerza su papel como mediadores entre Oriente y Occidente.

La consecuencia de esta evolución es doble. Por un lado, se produce una creciente regionalización de las cadenas logísticas, donde las economías del Golfo asumen funciones de reexportación y control de tránsito. Por otro, emerge una fragmentación del comercio marítimo mundial que debilita la posición de los corredores tradicionales y refuerza la competencia por el control de la infraestructura crítica. En la práctica, Oriente Medio ha pasado de ser un espacio de tránsito pasivo a un actor activo en la configuración de las rutas globales.

La reconfiguración de los corredores marítimos y terrestres no solo responde a las amenazas derivadas de los conflictos, sino que también forma parte de una estrategia de largo plazo orientada a reordenar el poder económico mundial. Los proyectos impulsados desde Riad y Abu Dabi, en cooperación con Islamabad, Pekín y Nueva Delhi, apuntan hacia un nuevo sistema de interconectividad que redefine los flujos de energía, capital y tecnología. En este nuevo escenario, el control de las rutas comerciales se ha convertido en un instrumento de poder tan decisivo como la capacidad militar o la influencia diplomática.

6.2 Competencia entre las grandes potencias

La nueva fase de inestabilidad en Oriente Medio ha intensificado la competencia estructural entre las principales potencias del sistema internacional. Estados Unidos, China y Rusia se enfrentan en un escenario donde las fronteras entre la influencia económica, la proyección militar y la diplomacia energética se han vuelto difusas. Oriente Medio, lejos de ser un escenario periférico, se ha convertido en el principal punto de convergencia entre la rivalidad global y la multipolaridad regional.

Estados Unidos, bajo la segunda administración de Donald Trump, ha retomado una política exterior caracterizada por el unilateralismo y el enfoque transaccional. El apoyo incondicional a Israel y la reactivación de la estrategia de máxima presión sobre Irán han redefinido su papel en la región.

Washington busca reafirmar su primacía militar mediante el refuerzo de bases en el Golfo, el incremento de patrullas navales en el mar Rojo y la venta de armamento avanzado a sus socios tradicionales. Sin embargo, la política estadounidense se percibe cada vez más como fragmentada y reactiva. La falta de un liderazgo multilateral creíble, la pérdida de influencia en foros diplomáticos y la instrumentalización doméstica de la política exterior han reducido su capacidad para configurar consensos duraderos. Aunque la potencia militar de Estados Unidos sigue siendo incomparable, su capacidad de atracción política y su margen para imponer agendas se han debilitado de forma visible.

China, en contraste, ha consolidado su posición como mediador y socio estructural de Oriente Medio. La diplomacia china combina pragmatismo, inversiones estratégicas y una narrativa de neutralidad. Desde su papel en el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Arabia Saudí e Irán en 2023, Pekín ha conseguido proyectarse como un actor estabilizador en una región tradicionalmente dominada por la influencia militar occidental. Su expansión a través de la Iniciativa de la Franja y la Ruta se ha traducido en inversiones portuarias, acuerdos energéticos a largo plazo y proyectos de infraestructura que vinculan el Golfo con Asia Central y el Mediterráneo. Además, China ha incrementado su cooperación tecnológica en sectores sensibles, como las telecomunicaciones, los sistemas de defensa aérea de corto alcance y la transición energética. En lugar de una intervención directa, su estrategia se basa en la interdependencia: vincular a las economías regionales a cadenas de suministro y de financiación controladas por Pekín.

La consolidación del eje chino-pakistaní y el fortalecimiento de los vínculos entre Pekín y Riad a través del SMDA con Pakistán son manifestaciones tangibles de esa política. China actúa como garante indirecto de seguridad para sus socios al tiempo que amplía su presencia económica y logística. Su creciente peso en la gestión de infraestructuras críticas —puertos, zonas francas y corredores energéticos— le otorga una capacidad de influencia que trasciende lo comercial y se proyecta sobre la toma de decisiones políticas.

Rusia, por su parte, ha encontrado en Oriente Medio un espacio donde mantener relevancia internacional pese a las limitaciones impuestas por la guerra de Ucrania. Su intervención en Siria consolidó su condición de actor militar regional y le permitió preservar un acceso estratégico al Mediterráneo oriental. Aunque las sanciones occidentales han debilitado su economía, Moscú ha aprovechado su papel en la OPEP+ para conservar influencia sobre los precios del petróleo y mantener una interlocución directa con Arabia Saudí. El tratado de cooperación estratégica firmado con Irán en enero de 2025 refuerza su papel como socio energético y militar en un frente antioccidental, orientado a contrarrestar la presión de Estados Unidos y la Unión Europea.

La política rusa combina tres instrumentos de poder: la diplomacia de veto en los organismos internacionales, la proyección militar selectiva y la utilización del petróleo y el gas como armas de influencia. Moscú aspira a conservar la capacidad de veto sobre las decisiones energéticas globales y a mantener su posición como proveedor indispensable para Europa y Asia. Aunque su margen de maniobra es menor que en la década anterior, Rusia sigue desempeñando un papel decisivo como mediador táctico en escenarios donde confluyen intereses contrapuestos, especialmente en Siria, Libia y el Cáucaso.

El resultado de esta interacción es un equilibrio inestable en el que cada potencia actúa según su ventaja comparativa: Estados Unidos apuesta por la fuerza militar y las alianzas de seguridad, China por la interdependencia económica y tecnológica, y Rusia por la energía y la gestión de crisis. Ninguna de las tres domina completamente el tablero, lo que genera un sistema de competencia triangular en el que las alianzas son flexibles y los espacios de influencia se solapan.

Oriente Medio se ha convertido, de este modo, en un laboratorio de la multipolaridad emergente. La competencia ya no se libra únicamente por el control territorial o militar, sino por la definición de los estándares tecnológicos, las normas de inversión y los marcos de cooperación energética. Cada actor intenta imponer su modelo: Washington mediante acuerdos bilaterales de defensa, Pekín con redes de infraestructura y financiación, y Moscú con políticas de disuasión y equilibrio petrolero.

Esta nueva fase de rivalidad global tiene consecuencias que trascienden la región. El desplazamiento de los ejes de influencia hacia Eurasia redefine la arquitectura del comercio mundial, condiciona los precios de la energía y acelera la transición hacia un orden internacional más fragmentado. Oriente Medio, tradicionalmente concebido como una periferia estratégica, se convierte así en un espacio central de la competición por la primacía global, donde el poder ya no se mide solo por la capacidad militar, sino también por la habilidad para controlar los flujos de energía, tecnología y conectividad.

6.3 Repercusiones para Europa

La reconfiguración geopolítica de Oriente Medio tiene consecuencias directas y multidimensionales para Europa. Los cambios en los equilibrios de poder regional, las disrupciones en las rutas comerciales y la intensificación de la competencia entre grandes potencias afectan simultáneamente a la seguridad, la economía y la posición internacional de la Unión Europea. La vecindad sur europea se ha convertido en un espacio de incertidumbre estructural donde convergen crisis energéticas, conflictos armados y tensiones migratorias.

En el plano económico, la desestabilización del mar Rojo y del canal de Suez ha puesto en evidencia la vulnerabilidad del comercio europeo ante los riesgos geopolíticos. Cerca del cuarenta por ciento de los intercambios marítimos de la Unión Europea con Asia dependen de este corredor, por el que transitan anualmente millones de toneladas de mercancías y de energía. El cierre parcial de Suez o la amenaza constante en Bab el-Mandeb han incrementado los costes logísticos y las primas de seguro, reduciendo la competitividad de las exportaciones europeas y encareciendo las importaciones energéticas. El desvío del tráfico marítimo hacia el cabo de Buena Esperanza alarga los tiempos de tránsito entre Asia y Europa entre 10 y 15 días, lo que supone un sobre coste de miles de millones de euros anuales para las economías europeas.

A esta fragilidad logística se suma la dependencia energética. Pese a los esfuerzos por diversificar fuentes tras la invasión rusa de Ucrania, la Unión Europea continúa dependiendo en gran medida de las importaciones de gas natural licuado procedente del Golfo, especialmente de Qatar y de Arabia Saudí.

Cualquier interrupción prolongada en las rutas marítimas del mar Rojo o el estrecho de Ormuz puede afectar a los precios del gas y del petróleo, generando presiones inflacionarias y tensiones sociales en el continente. El nuevo mapa energético que emerge en Oriente Medio —con mayores vínculos hacia Asia y una cooperación más estrecha entre productores del Golfo, China y Rusia— reduce la centralidad de Europa en el mercado global y debilita su poder de negociación frente a los países exportadores.

En el ámbito político, la reconfiguración regional ha puesto a prueba la cohesión interna y la credibilidad exterior de la Unión Europea. La guerra de Gaza y la respuesta israelí provocaron una fractura entre los Estados miembros, evidenciando la falta de una política exterior común coherente. Mientras algunos países, como Alemania o la República Checa, mantuvieron un alineamiento pleno con la posición estadounidense e israelí, otros, como España, Irlanda o Bélgica, impulsaron el reconocimiento del Estado palestino y criticaron abiertamente las operaciones militares en Gaza. Esta división interna ha debilitado la capacidad de la UE para actuar como mediador y ha deteriorado su imagen en el sur global, donde la percepción predominante es la de una Europa subordinada a los intereses de Washington.

La inestabilidad en Oriente Medio también tiene efectos humanitarios y de seguridad que afectan directamente a la frontera sur europea. El agravamiento de la crisis en Gaza, la inestabilidad en el Líbano y la fragmentación de Siria tras la caída del régimen de Asad han generado nuevos flujos migratorios y desplazamientos internos que presionan las rutas del Mediterráneo oriental. A estos movimientos se suma el riesgo de infiltración de redes criminales y grupos extremistas que aprovechan la debilidad de los Estados de tránsito, como Libia o Egipto, para operar con relativa libertad. Los países del Mediterráneo —Italia, Grecia, Malta o España— son los primeros en experimentar los efectos de esta inestabilidad, tanto en términos de seguridad como de gestión humanitaria.

En el ámbito diplomático, la reconfiguración del equilibrio en Oriente Medio plantea un desafío estratégico para Europa: mantener su alianza transatlántica sin renunciar a una mayor autonomía. La política de Estados Unidos en la región, centrada en la defensa de Israel y en la contención de Irán, no siempre coincide con los intereses europeos de estabilidad, moderación y desarrollo regional. La dependencia de la infraestructura de seguridad estadounidense limita la capacidad de la UE para actuar de manera independiente, mientras que su escasa presencia militar y su fragmentación institucional reducen su margen de influencia. La Unión Europea corre el riesgo de convertirse en un actor reactivo, relegado a gestionar las consecuencias de decisiones tomadas por otros.

Sin embargo, esta coyuntura también abre oportunidades. La reconstrucción de Siria y Gaza, la estabilización del Líbano y la modernización de las economías del Golfo requieren inversiones, cooperación técnica y apoyo institucional que Europa puede ofrecer. Si la UE logra articular una política exterior más cohesionada, podría recuperar un papel relevante como socio civil y económico en la reconstrucción regional. Además, el impulso de la autonomía energética, la inversión en renovables y el desarrollo de corredores verdes que conecten el Mediterráneo con el Golfo ofrecen un espacio de cooperación mutuamente beneficioso.

En última instancia, las repercusiones de la reconfiguración de Oriente Medio para Europa no se limitan al plano económico o de seguridad: afectan a su posición como actor global. La creciente competencia entre potencias ha reducido el margen de maniobra europeo y ha puesto de relieve la necesidad de definir una estrategia clara hacia el sur. El reto para la Unión Europea consiste en pasar de una política de gestión de crisis a una política de influencia estructural, que combine presencia diplomática, inversión estratégica y coordinación de seguridad. Solo de ese modo podrá preservar su relevancia en un entorno internacional donde el centro de gravedad político y económico se desplaza progresivamente hacia el Este y el Sur.

7. ESCENARIOS

Escenario 1: Creación de una OTAN islámica

La posibilidad de una OTAN islámica en Oriente Medio surge como respuesta a la creciente inestabilidad regional, marcada por conflictos prolongados, amenazas transnacionales como el terrorismo, la proliferación de armas y la intervención de potencias extranjeras. En este contexto, varios países musulmanes podrían impulsar una alianza militar formal inspirada en el modelo de la OTAN occidental, con el objetivo de garantizar la seguridad colectiva frente a desafíos comunes.

Esta coalición, liderada por potencias como Arabia Saudí, Turquía, Egipto y Pakistán, buscaría consolidar una estructura de defensa regional capaz de actuar con rapidez ante crisis como la guerra en Gaza, el conflicto en Yemen o la expansión de milicias respaldadas por Irán. La sede de esta alianza podría establecerse en Riad o El Cairo, con un mando militar conjunto y una fuerza de despliegue rápido compuesta por unidades de élite entrenadas para misiones de estabilización, defensa territorial y lucha contra el extremismo.

La inclusión de países como Emiratos Árabes Unidos, Jordania, Marruecos, Indonesia y Malasia ampliaría el alcance geográfico y político de la organización, aunque también introduciría desafíos logísticos y diplomáticos. Uno de los principales obstáculos para su consolidación sería la rivalidad sectaria entre suníes y chiíes, especialmente la tensión entre Arabia Saudí e Irán, que dificultaría la participación de países como Irak o Siria. Además, las agendas divergentes de actores clave como Turquía y Egipto podrían generar fricciones internas, mientras que la dependencia tecnológica de armamento occidental limitaría la autonomía estratégica de la alianza.

A nivel internacional, Estados Unidos podría ver con buenos ojos una estructura que asuma parte del peso de la seguridad regional, siempre que no compita con sus intereses. En cambio, Irán percibiría la OTAN islámica como una amenaza directa, lo que podría intensificar la carrera armamentista y provocar una escalada militar.

Israel observaría con cautela cualquier movimiento que pudiera alterar el equilibrio estratégico, especialmente si la alianza adopta una postura hostil hacia su existencia. Rusia y China, por su parte, podrían intentar influir en algunos miembros para debilitar la cohesión del bloque.

En definitiva, la viabilidad de una OTAN islámica dependerá de la capacidad de los países musulmanes para superar sus diferencias históricas, establecer una visión estratégica común y construir una arquitectura de defensa autónoma, eficaz y legítima. Si se logra, esta alianza podría redefinir el equilibrio de poder en Oriente Medio y reducir la dependencia de actores externos en la gestión de la seguridad regional.

Escenario 2: Arquitectura de paz

El agotamiento progresivo de la guerra en Oriente Medio, sumada a los costos humanos, económicos y diplomáticos de los conflictos prolongados, podría abrir paso a una nueva arquitectura de paz regional. En este escenario, los principales actores —Arabia Saudí, Irán, Turquía, Egipto y los Emiratos Árabes Unidos— reconocen que la confrontación constante ha debilitado sus economías, polarizado a sus sociedades y limitado su influencia internacional. Bajo presión de potencias globales y organismos multilaterales, estos países inician un proceso de normalización diplomática, impulsado por intereses estratégicos compartidos como la seguridad energética, el comercio interregional y la estabilidad interna.

La reconciliación entre Arabia Saudí e Irán sería el eje central de esta transformación. A través de mediadores como Omán o Qatar, ambos países acuerdan reducir la retórica sectaria, limitar el financiamiento a milicias y establecer canales de diálogo permanente. Este acercamiento permitiría la creación de mecanismos de seguridad compartida, como pactos de no agresión, intercambios de inteligencia y coordinación en la lucha contra el terrorismo.

La paz regional facilitaría el retorno de millones de refugiados, la reconstrucción de zonas devastadas como Yemen, Siria e Irak, y el desarrollo de corredores económicos que conecten el Golfo con el Mediterráneo. La inversión extranjera aumenta, especialmente en sectores como energía renovable, infraestructura y tecnología, mientras que las tensiones religiosas y étnicas se gestionan mediante reformas institucionales y diálogo.

Aunque persistirán desafíos como la desconfianza histórica, las diferencias ideológicas y los intereses geopolíticos divergentes, la prioridad compartida por la estabilidad y el desarrollo permitirá superar las fracturas. Este escenario implica una transformación estructural hacia una región más cooperativa, y resiliente.

Escenario 3: Fragmentación prolongada

En un escenario opuesto, Oriente Medio podría experimentar una fragmentación prolongada del poder estatal, donde los gobiernos pierden la capacidad de control sobre sus territorios y emergen múltiples actores no estatales. La debilidad institucional, el colapso económico y la polarización social alimentan el surgimiento de milicias y gobiernos paralelos. Además, países como Rusia o Estados Unidos compiten por controlar enclaves estratégicos.

Los conflictos se prolongan en forma de guerras híbridas, y la población civil queda atrapada. En este entorno, los intentos de paz fracasan por falta de interlocutores legítimos, y las negociaciones se fragmentan en acuerdos locales sin alcance nacional. La falta de una autoridad central permite el crecimiento de economías sumergidas, tráfico de armas, migraciones masivas y radicalización ideológica. Los grupos armados se consolidan como actores políticos, gestionando servicios básicos, imponiendo normas y negociando directamente con actores internacionales.

En definitiva, cada una de las ciudades que conforman Oriente Medio, se convertirían en microestados, y la gobernanza quedaría fragmentada en estructuras informales que responden más a la lógica de supervivencia que a la legalidad.

8. CONCLUSIONES

La reconfiguración de Oriente Medio revela una transformación de la región que va más allá de los ciclos de conflicto. El espacio geopolítico que durante décadas estuvo definido por la rivalidad entre bloques ideológicos y por la intervención directa de potencias externas, ha evolucionado hacia un sistema mucho más complejo, dinámico y multipolar. Los actores regionales han adquirido un papel propio, construyendo alianzas flexibles, desarrollando capacidades estratégicas y redefiniendo sus prioridades en función de intereses nacionales, económicos y tecnológicos.

Este nuevo escenario está marcado por tres factores que elevan el nivel de riesgo de forma constante. El primero es la guerra en Gaza, que no solo tiene un impacto humanitario grave, sino que también afecta la imagen internacional de los países involucrados y complica cualquier intento de acercamiento diplomático. El segundo es la inseguridad en el Mar Rojo, donde los ataques desde Yemen han obligado a desviar rutas comerciales, encareciendo los costos de transporte y afectando especialmente a Europa. El tercero es el programa nuclear iraní, que, aunque no ha cruzado líneas rojas, mantiene a la región en tensión y obliga a los países a invertir más en defensa.

La situación en Gaza sigue siendo un obstáculo importante. La falta de avances humanitarios visibles complica los esfuerzos de normalización con Israel y aumenta la presión sobre los países árabes, que deben equilibrar sus intereses económicos con la opinión pública. Además, los grupos armados como Hezbolá, Hamás y los hutíes siguen teniendo capacidad para generar tensión, incluso cuando no hay conflictos abiertos. Sus acciones, como ataques con drones o sabotajes, mantienen un clima de inseguridad que afecta la inversión y dificulta la diplomacia.

El Mar Rojo se ha convertido en una zona de riesgo constante para el comercio global. Los desvíos por rutas más largas, como el Cabo de Buena Esperanza, han aumentado los costos logísticos y han reducido la importancia del canal de Suez. Europa, que depende mucho de estas rutas, ha sido una de las regiones más afectadas. Esto ha llevado a un aumento en la demanda de seguridad privada y a la búsqueda de rutas alternativas más seguras.

Por su parte, Irán mantiene una postura ambigua sobre su programa nuclear, lo que genera preocupación en la región. Aunque no se ha producido una escalada directa, la posibilidad de que otros países respondan con sus propios programas de defensa nuclear está sobre la mesa. Esto hace que cualquier intento de construir una arquitectura de seguridad regional sea más costoso y frágil.

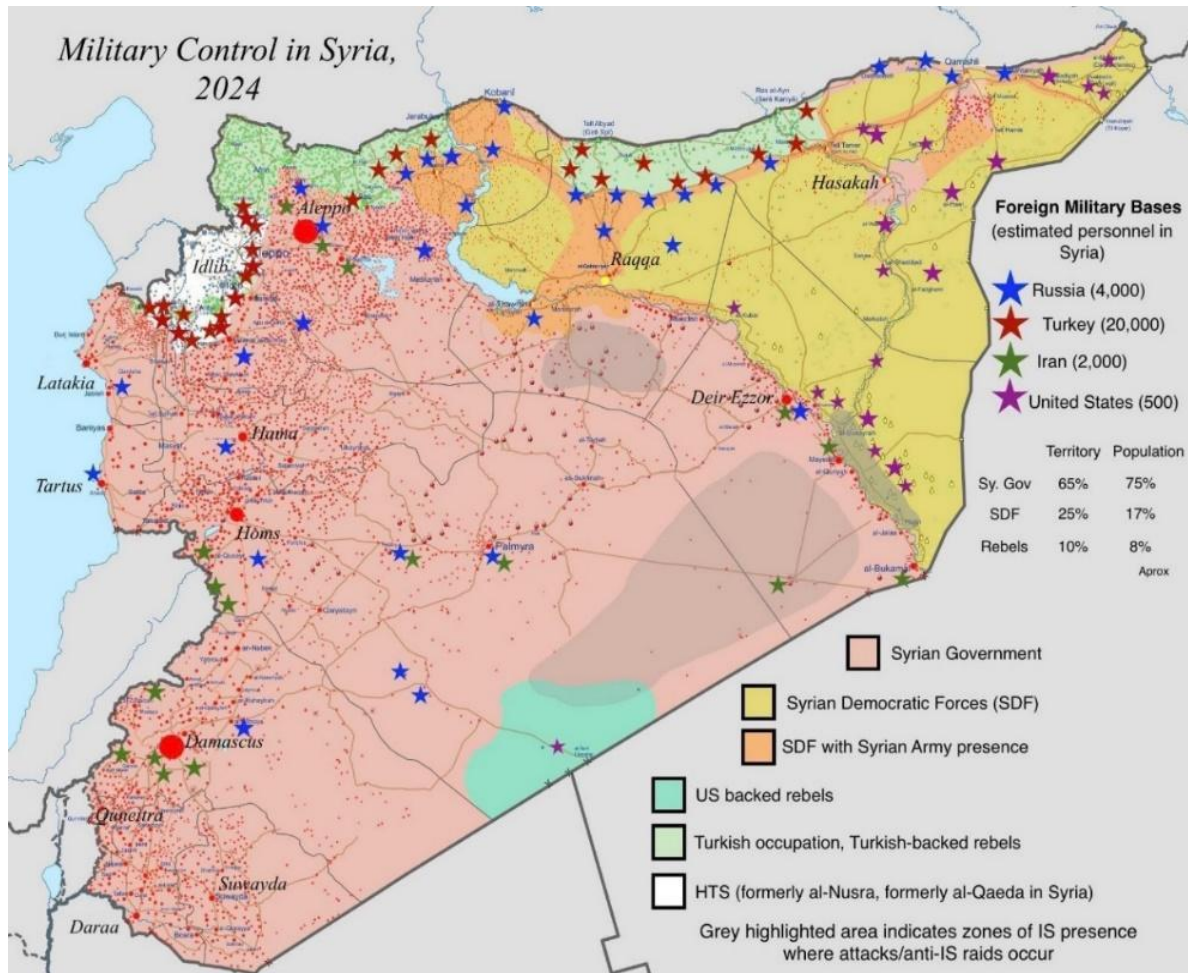
Europa ha perdido parte de su influencia como mediador y como punto clave en las rutas comerciales entre Asia y Occidente. Las limitaciones internas y la necesidad de asegurar el suministro energético han reducido su margen de acción. Mientras tanto, los países del Golfo han ganado protagonismo como proveedores de estabilidad y como socios estratégicos para inversiones y tecnología.

En resumen, el nivel de riesgo en Oriente Medio ha aumentado y se mantendrá alto en los próximos meses, incluso si no hay guerras abiertas. Las decisiones diplomáticas, económicas y logísticas deben adaptarse a este nuevo contexto. Las empresas y gobiernos con intereses en la región o en las rutas Asia-Europa deben prepararse con planes alternativos, reforzar sus sistemas de alerta y asumir que los costos de operar en este entorno serán más altos que en el pasado.

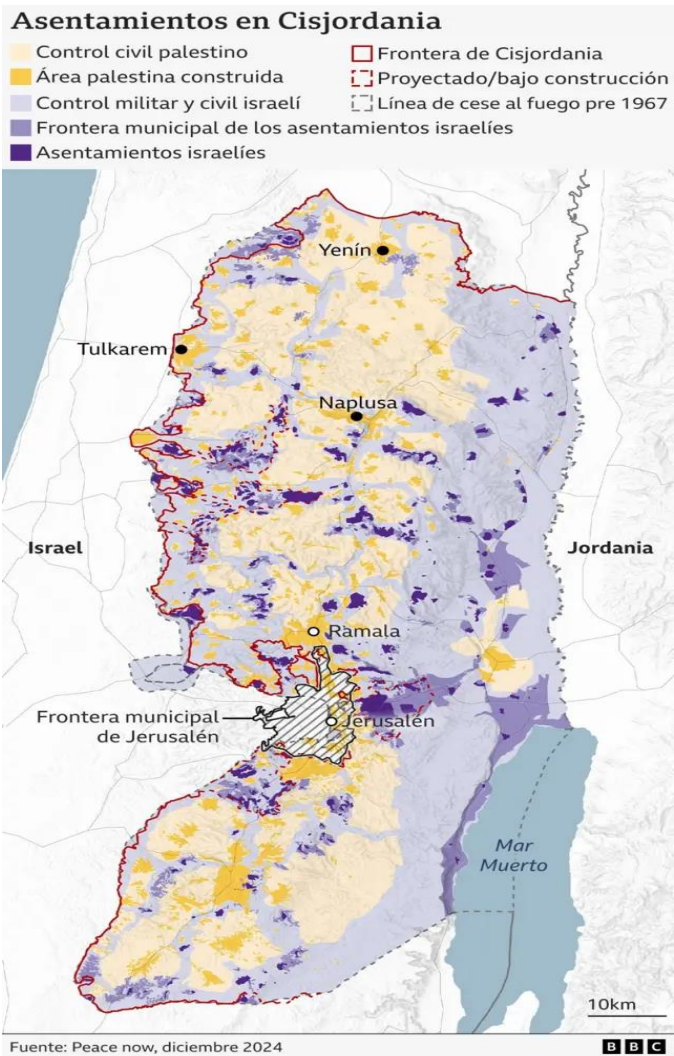
Este nuevo escenario también ofrece oportunidades. Los países del Golfo pueden consolidarse como plataformas de inversión y tecnología si logran atraer capital sin perder autonomía. Israel necesita avanzar en el terreno humanitario para poder estabilizar su entorno. Irán tiene la posibilidad de mejorar su situación económica si logra controlar los efectos de su política nuclear. Y Pakistán puede beneficiarse de su relación con el Golfo, aunque deberá equilibrar sus compromisos con sus propias prioridades regionales.

En definitiva, Oriente Medio se mueve hacia un equilibrio inestable pero manejable. La clave estará en aceptar que la estabilidad tiene un precio más alto y que, en ciertas áreas, la resiliencia será más importante que la eficiencia. La región ya no se define por bloques fijos, sino por relaciones cambiantes, donde cada decisión cuenta y donde la continuidad será más valiosa que la confrontación.

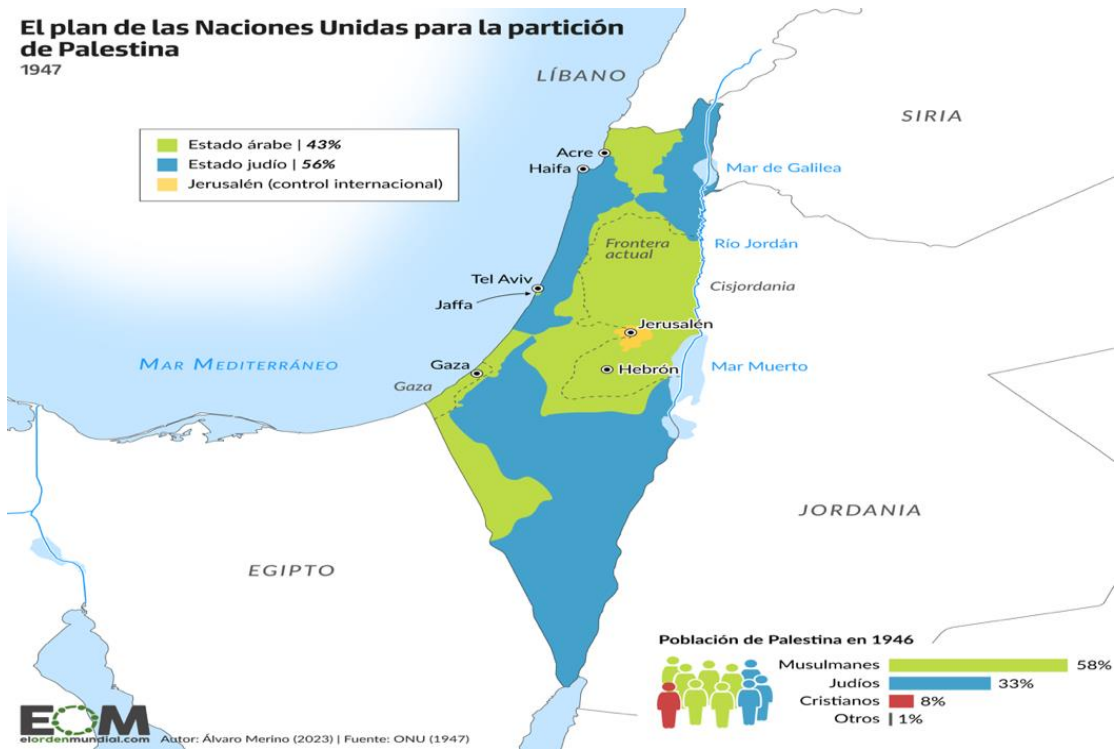
9. ANEXOS



Anexo 1: Zona de control militar en Siria durante el régimen de Al-Assad.



Anexo 2: Asentamientos en Cisjordania.

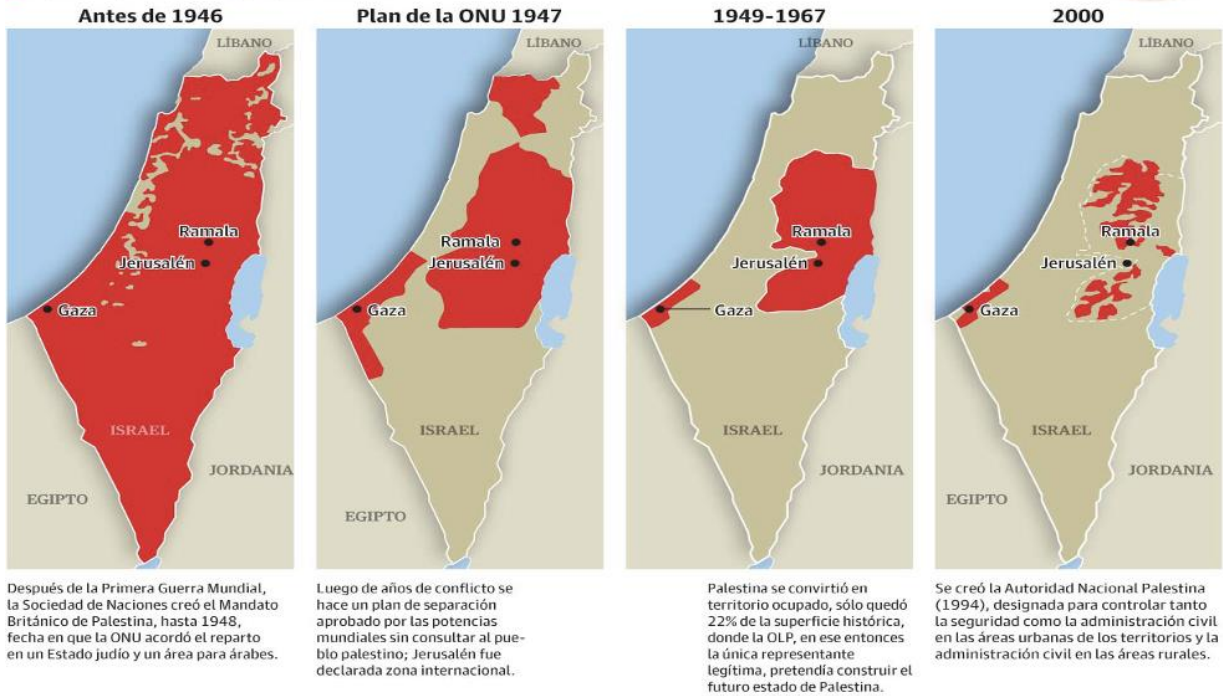


Anexo 3: Mapa que refleja la partición de Palestina que desembocó en la creación del Estado de Israel.

La evolución del Estado de Israel

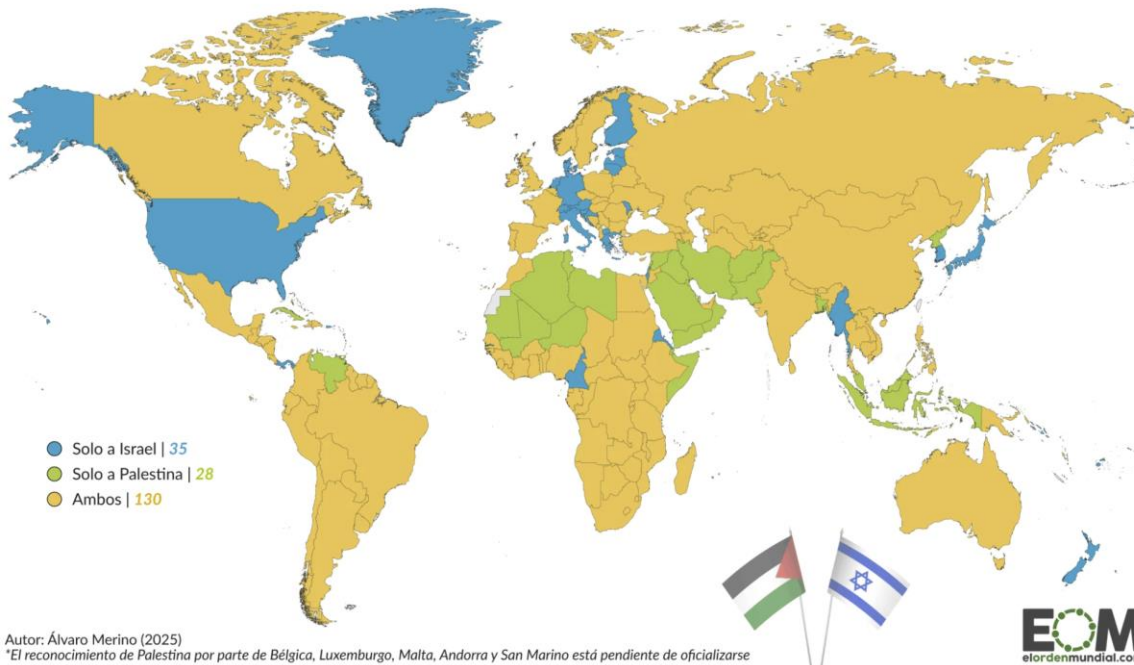
Tras la Segunda Guerra Mundial, Israel ha ido ganando terreno mediante guerras

■ Bajo control palestino ■ Bajo control israelí



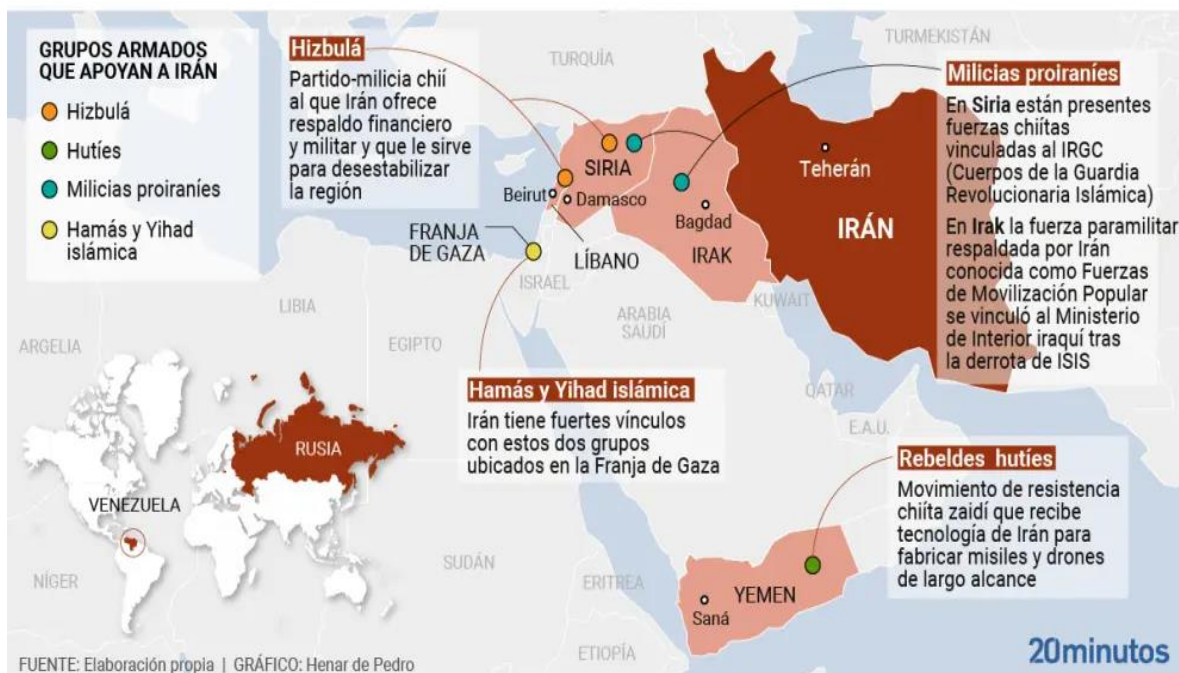
Anexo 4: Evolución del Estado de Israel.

El reconocimiento internacional de Israel y Palestina



Anexo 5: El reconocimiento internacional de Israel y Palestina.

Fuerzas aliadas de Irán en Oriente Medio



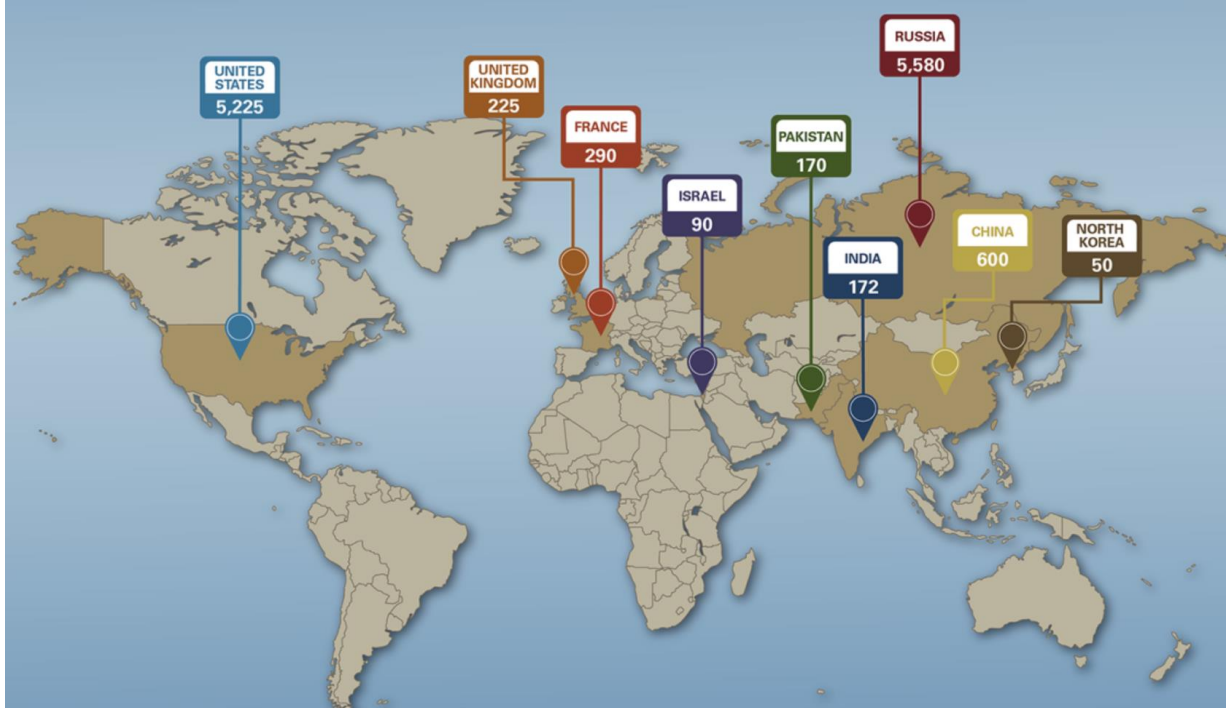
Anexo 6: Fuerzas aliadas de Irán en Oriente Medio.



Anexo 7: Lugares en los que siguen teniendo fuerza grupos insurgentes.

2025 ESTIMATED GLOBAL NUCLEAR WARHEAD INVENTORIES

The world's nuclear-armed states possess a combined total of over 12,400 nuclear warheads; nearly 90% belong to Russia and the United States. Approximately 9,700 warheads are in military service, with the rest awaiting dismantlement.



Anexo 8: Estimación aproximada de capacidad nuclear en cada uno de los países.

10. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arteaga, M. (2024). *La guerra en Medio Oriente: expansión del conflicto, ausencia de acuerdos y el fantasma nuclear*. Global Strategy Reports, (16). Academia de Guerra del Ejército de Chile.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9891850>
- Ali, A. (s. f.). Saudi Vision 2030 Explained | Saudi Arabia's Transformation. Centuro Global. Recuperado de <https://www.centuroglobal.com/article/saudi-arabia-vision-2030/>
- Assouad, L. (2020, 12 de marzo). *Inequality and its discontents in the Middle East*. Carnegie Endowment for International Peace.
<https://www.carnegieendowment.org/research/2020/04/inequality-and-its-discontents-in-the-middle-east?center=middle-east&lang=en>
- Bodega Marín, C. (2023). *Terrorismo en Oriente Medio: especial atención a los casos de Siria y el Líbano* (Trabajo Fin de Grado). Universidad Pontificia Comillas. Repositorio Comillas.
<https://repositorio.comillas.edu/rest/bitstreams/624826/retrieve>
- Castro Torres, J. I. (9 de julio de 2025). *La guerra de los doce días: El león de Judá contra el león del sol*. Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE, CESEDEN). Recuperado de https://www.defensa.gob.es/ceseden/-/ieee/la_guerra_de_los_doce_dias_el_leon_de_juda_contra_el_leon_del_so
- CEARC. (2025, 27 de junio). *Oriente Medio en 2025: sacudidas geopolíticas y erosión de líneas rojas* [Documento de estudio]. CEARC.
<https://www.cearc.net/oriente-medio-en-2025-sacudidas-geopoliticas-y-erosion-de-lineas-rojas/>
- Centre for Sustainable Energy. (s. f.). *What is MENA's role in the global energy transition?* Recuperado de <https://cse-net.org/es/what-is-menas-role-in-the-global-energy-transition/>

- Chilleron, L. (2025, 3 de abril). *Ahmed al-Sharaa nombra al nuevo gobierno de transición de Siria*. Descifrando la Guerra. <https://www.descifrandolaguerra.es/ahmed-al-sharaa-gobierno-transicion-de-siria/>
- CIDOB. (2025, 13 de junio). *Revista CIDOB d'Afers Internacionals: Call for papers – Oriente Medio y el Norte de África ante el desafío de la transición energética* (núm. 143). <https://www.cidob.org/sites/default/files/2025-06/Afers%20143%20CALL%20FOR%20PAPERS%20CAST.pdf>
- Counter Extremism Project. (2025). *Terrorist and Extremist Groups*. Retrieved from <https://www.counterextremism.com/global-extremist-groups>
- Cristiani, D. (21 de abril de 2025). *Oriente Medio en el fin del consenso transatlántico*. Política Exterior. Recuperado de <https://www.politicaexterior.com/articulo/oriente-medio-en-el-fin-del-consenso-transatlantico/>
- Deutsche Welle. (2025, 21 de septiembre). *Elecciones en Siria tras la dictadura: lo que hay que saber*. DW. <https://www.dw.com/es/elecciones-en-siria-tras-la-dictadura-lo-que-hay-que-saber/a-74077433>
- EFE. (2025, 21 de septiembre). Irán advierte a Israel y EE.UU. de respuesta “letal” ante agresiones. *EFE*. <https://efe.com/mundo/2025-09-21/iran-eeuu-israel-respuesta-agresiones/>
- El Comercio. (2025, 1 de enero). *El mundo en 2025: conflictos geopolíticos y resoluciones, panorama mundial*. <https://www.elcomercio.com/actualidad/mundo/mundo-2025-conflictos-geopoliticos-resoluciones-panorama-mundial/>

Escenario Mundial. (2025, 22 de junio). *2024 marca el regreso de la guerra interestatal a gran escala con Europa y Medio Oriente como epicentros del conflicto armado.* Escenario Mundial.

<https://www.escenariomundial.com/2025/06/22/2024-marca-el-regreso-de-la-guerra-interestatal-a-gran-escala-con-europa-y-medio-oriente-como-epicentros-del-conflicto-armado/>

Fantappiè, M., & Nasr, V. (2024, 9 de abril). *La guerra que rehízo Oriente Próximo.* Política Exterior. <https://www.politicaexterior.com/articulo/la-guerra-que-rehizo-orient-proximo/>

Fundación Análisis de Política Exterior; Instituto Europeo del Mediterráneo (IEMed). (Primavera 2025). *afkar/ideas, N° 74: El cambiante orden regional en Oriente Medio* [Revista]. Madrid; Barcelona: Fundación Análisis de Política Exterior; IEMed. URL: https://www.politicaexterior.com/wp-content/uploads/2025/04/Afkar-74_ESP-comprimido.pdf

García Pesquera, D. (2022, 16 de diciembre). *Diez años después: ¿primavera o invierno árabe?* LISA News. <https://www.lisanews.org/internacional/diez-anos-despues-primavera-o-invierno-arabe/>

Global Investment Strategy Group (J.P. Morgan). (2025, 13 de junio). *La tensión en Oriente Medio pone a prueba la renovada confianza de los inversionistas.* J.P. Morgan Private Bank América Latina. <https://privatebank.jpmorgan.com/latam/es/insights/markets-and-investing/tmt/middle-east-tensions-challenge-renewed-investor-confidence>

Gómez, D. (22 de septiembre de 2025). *¿Qué países reconocen a Israel y Palestina?* El Orden Mundial. Recuperado de <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/que-paises-reconocen-israel-palestina/>

- González Barkos, X. (2025, 26 de enero). *Tensiones y acuerdos en Oriente Medio: una mirada retrospectiva*. The Diplomat in Spain. <https://thediplomatinspain.com/2025/01/26/tensiones-y-acuerdos-en-orientemedio-una-mirada-restrospectiva/>
- Haizam Amirah Fernández & Meneses, R. (2025, 27 de junio). *Oriente Medio en 2025: sacudidas geopolíticas y erosión de líneas rojas* [Documento de estudio]. CEARC. <https://www.cearc.net/oriente-medio-en-2025-sacudidas-geopoliticas-y-erosion-de-lineas-rojas/>
- Hernando, C. (2025, 2 de enero). *Los conflictos que marcarán el 2025*. El Orden Mundial. <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/conflictos-2025/>
- Human Rights Watch. (2025). *Israel and Palestine*. In *World Report 2025*. <https://www.hrw.org/world-report/2025/country-chapters/israel-and-palestine>
- Institute for the Study of War. (2025, 6 de marzo). *Iran update* (6 de marzo de 2025). <https://understandingwar.org/research/middle-east/iran-update-march-6-2025>
- López de Miguel, M. (2025, 19 de junio). *Perspectivas geopolíticas en Siria posterior a la caída de Bashar al-Assad*. Revista Seguridad y Poder Terrestre, 4(1). Centro de Estudios Estratégicos del Ejército del Perú. <https://ceeep.mil.pe/2025/06/19/perspectivas-geopoliticas-en-siria-posterior-a-la-caida-de-bashar-al-assad/>
- Martorell, S. D. (2024, 14 de octubre). *¿Es Oriente Medio un foco de ciberdelincuencia capaz de poner en jaque al mundo?* EscudoDigital. https://www.escudodigital.com/ciberseguridad/es-oriente-medio-foco-ciberdelincuencia-capaz-poner-en-jaque-mundo_60764_102.html
- Merino, Á. (2025, 14 de enero). *El mapa de la nueva geopolítica de Oriente Próximo: las zonas de influencia de cada potencia*. El Orden Mundial. <https://elordenmundial.com/mapas-y-graficos/mapa-nueva-geopolitica-oriente-proximo/>

Ministerio de Defensa. Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN). (s. f.). *Implicaciones geopolíticas y estratégicas del cambio de régimen en Siria*. https://www.defensa.gob.es/ceseden/-/ieeee/implicaciones_geopoliticas_y_estrategicas_del_cambio_de_regimen_en_siria

Ministerio de Defensa. (2025). *La tercera partición del Oriente Próximo y la cuestión Siria* (Documento DIEEEA03). https://www.defensa.gob.es/documents/2073105/2320762/la_tercera_particion_del_oriente_proximo_y_la_cuestion_siria_2025_dieeea03.pdf/07f0fbbf-ca0e-6722-2d4a-a105510ddce2?t=1736514718145

Ministerio de Defensa. (2025). *De Gaza a Damasco: reconfiguraciones en un nuevo Oriente Medio* (Documento DIEEEO03). https://www.defensa.gob.es/documents/2073105/2320887/de_gaza_a_damasco_reconfiguraciones_en_un_nuevo_oriente_medio_2025_dieeeo03.pdf/f40cf1dc-7ae7-0394-acf5-bc2e041ae336?t=1736933639460

Ministerio de Defensa. Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN). (2025). *Panorama estratégico 2025: Oriente Medio ante los proyectos de reconfiguración en 2025 (Capítulo 6)*. Ministerio de Defensa. https://www.defensa.gob.es/documents/2073105/2519658/PE2025_Capitulo6.pdf

Ministerio de Defensa. (s. f.). *Oriente Medio ante los proyectos de reconfiguración en 2025* [Documento]. CESDEN / IEEE. https://www.defensa.gob.es/ceseden/-/ieeee/oriente_medio_ante_los_proyectos_de_reconfiguracion_en_2025

Mucha, T. (2025). *Geopolítica en 2025: riesgos, oportunidades y mayor incertidumbre*. Wellington Management. Recuperado de <https://www.wellington.com/es-es/inversores-profesionales/perspectivas/geopolitica-en-2025>

Nachawati Rego, L. (2025). *La caída de la dinastía Asad en Siria: factores locales, regionales y globales*. *Anaquel de Estudios Árabes*, 36(1), 1-12. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9956471>

- Núñez Villaverde, J. A. (2025, 8 de octubre). *Siria vuelve con cautela a las urnas*. Real Instituto Elcano. <https://www.realinstitutoelcano.org/comentarios/siria-vuelve-con-cautela-a-las-urnas/>
- Paine, A. (2025). *How Vision 2030 is transforming the Saudi economy*. Peninsula. <https://www.pakistantoday.com.pk/2025/01/10/regional-instabilities-in-the-middle-east/?>
- Peckel, M. (2025, 12 de enero). *Medio Oriente 2025: Entropía geopolítica*. Razón Pública. <https://razonpublica.com/medio-orient-2025-entropia-geopolitica/>
- Pigrau Solé, A. (2025). *Israel en Palestina: quince meses de guerra contra la ONU y el Derecho Internacional*. *Peace & Security – Paix et Sécurité Internationales*, (13). Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=9908507>
- Rasheed, A., Azhari, T., & Georgy, M. (2025, 12 de junio). *Islamic State reactivating fighters, eying comeback in Syria and Iraq*. Reuters. <https://www.reuters.com/world/middle-east/islamic-state-reactivating-fighters-eying-comeback-syria-iraq-2025-06-12>
- Rodríguez, E. (2017, 19 de febrero). *Guerra Fría en Medio Oriente*. Huellas de la Historia. <https://www.huellasdelahistoria.com/single-post/2017/02/19/guerra-fr%C3%ADa-en-medio-orient>
- Salih, M. A. (2025, septiembre 23). *A geography of protest: Inside the rise of Iran's minority factor*. Atlantic Council. <https://www.atlanticcouncil.org/blogs/menasource/a-geography-of-protest-inside-the-rise-of-irans-minority-factor/>
- Sánchez García, D. (2025, 21 de febrero). *Escenario geopolítico más probable para Oriente Medio este 2025*. LISA News. <https://www.lisanews.org/crisis-orient-medio/escenario-geopolitico-mas-probable-para-orient-medio-este-2025/>
- Solano García, G. (2025, 22 de septiembre). *Israel corta los hilos de Irán*. *Revista Ejércitos*. <https://www.revistaejercitos.com/articulos/israel-corta-los-hilos-de-iran/>

Tadeo, M. (2025, 14 de junio). *La guerra entre Irán e Israel en la geopolítica del Golfo: entrevista con el asesor diplomático del presidente de los Emiratos Árabes Unidos*. El Grand Continent.

<https://www.legrandcontinent.eu/es/2025/06/14/la-guerra-entre-iran-e-israel-en-la-geopolitica-del-golfo-entrevista-con-el-asesor-diplomatico-del-presidente-de-los-emiratos-arabes-unidos/>

Vericat, J. (2025, 22 de julio). La guerra Israel-Irán por la hegemonía regional. *Real Instituto Elcano*. <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/la-guerra-israel-iran-por-la-hegemonia-regional/>

Vlaskamp, M. (2025, julio). *Transición hacia las energías renovables y estabilidad política en la región de Oriente Medio y Norte de África (MENA)*. CIDOB. <https://www.cidob.org/publicaciones/transicion-hacia-energias-renovables-estabilidad-politica-region-orient-medio-norte>

Wusqa, U. t. (2025, 10 de enero). *Regional instabilities in the Middle East*. Pakistan Today. <https://www.pakistantoday.com.pk/2025/01/10/regional-instabilities-in-the-middle-east/>

Zaccara, L. (2025, 21 de abril). *Irán en la encrucijada: entre resiliencia y aislamiento*. Política Exterior. <https://www.politicaexterior.com/articulo/iran-en-la-encrucijada-entre-resiliencia-y-aislamiento/>